This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

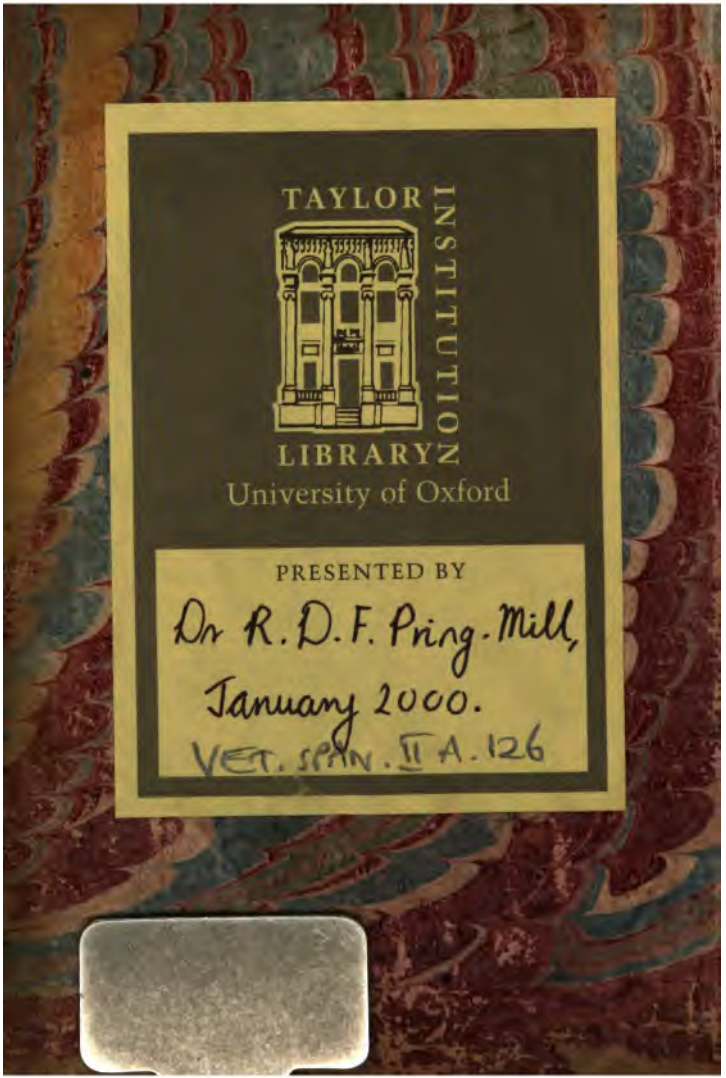
About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

TAYLOR INSTITUTION

LIBRARY
University of Oxford

PRESENTED BY
Dr R. D. F. Pring-Mill,
January 2000.
VET. SPAN. II A. 126


TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
University of Oxford
PRESENTED BY
Dr R.D.F. Pring-Mill,
January 2000.
VET. SPAN. II A. 126

D. T.

VIDA,

ASCENDENCIA, NACIMIENTO,

CRIANZA Y AVENTURAS

DEL Dr. D. DIEGO DE TORRES

VILLARROEL,

CATEDRÁTICO DE PRIMA DE MATEMÁTICAS

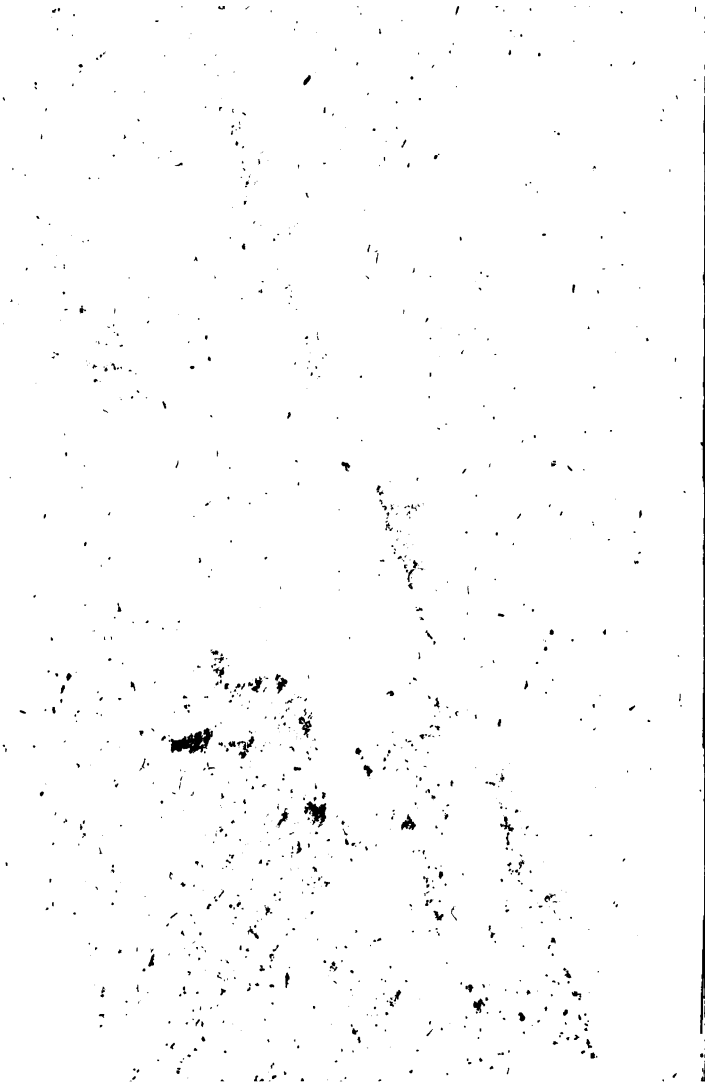
EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA,

ESCRITA POR ÉL MISMO.

CON LICENCIA:

MADRID: EN LA IMPRENTA DE GONZALEZ.

AÑO DE MDCCXCII.



50 p

37

dad en las imprentas. Puede ser que digas (por meterte á Doctor, como acostumbras) que porque se me han acabado las ideas, los apodos y las sátiras he querido pegar con mis huesos, con los de mis difuntos, y con los de mi padre y madre, para que no quede en este mundo ni el otro vivo ni muerto que no haya baboseado la grosera boca de mi pluma. Y yo te diré que eso es mentira; porque yo encuentro con las ideas, los apodos y los equívocos quando los he menester, sin mas fatiga que menearme un poco los sesos: y si te parece que te engaño, arrimate á mí, que [illegible] manera que no te co[illegible] arió. Maliciarás aca[illegible] yo lo creo) que esta inventiva es un solapado arbitrio para poner en el público mis vanidades, disimuladas con [illegible] confesion de quatro pecadillos; queriendo vender por humildad rendida lo que es una soberbia refinada. Y no sospechas mal: y yo si no hago bien, hago á lo menos lo que he visto hacer á los mas devotos, contenidos y remilgados de conciencia; y pues yo trago tus hipocresías y sus fingimientos, embo-

caos vosotros (pese á vuestra alma) mis artificios, y anden los embustes de mano en mano, que lo demas es irremediable. Dirás últimamente, que porque no se me olvide ganar dinero he salido con la invencion de venderme la vida. Y yo diré que me haga buen provecho: y si te parece mal que yo gane mi vida con mi vida, ahorcate, que á mí se me da muy poco de la tuya. Mira, hombre, yo te digo la verdad: no te aporrees, ni te mates por lo que no te importa; sosiégate, y reconoce que das con un vergante que desde ahora se empieza á reir de las alabanzas que le pones y de las tachas que le quitas: y aya que murmures sea blandamente, de modo que no te haga mal al pecho, ni á los livianos, que primero es tu salud que todo el mundo. Cuida de tu vida, y dexa que yo lleve y traiga la mia donde se me antojare; y vamos viviendo, sin añadir pesadumbres escusadas á una vida que apenas puede con los petardos que sacó de la naturaleza. En las hojas inmediatas, que yo llamo introduccion, pongo los motivos, que me dieron la gana y la paciencia de escribir

mi vida; leelos, sin prevenir antes el enojo, y te parecerán, si no justos, decentes; y disimula lo demas, porque es lo de menos. Yo sé que cada dia te bruman otros escritores con estilos y voces, unas tan malas, y otras tan malditas como las que yo te vendo, y te las engulles sin dar una arcada: conmigo solamente guardas una ojeriza irreconciliable, y juro por mi vida que no tienes razon. Seamos amigos; vida nueva, dexemos historias viejas, y aplícate á esta reciente de un pobreton, que ha dexado vivir á todo el mundo, sin meterse en sus obras, pensamientos, ni palabras. En este Prólogo no hay mas que advertir: Quédate con Dios.

TAYLOR INST. OXFORD

IN-

INTRODUCCION.

Mi vida, ni en su vida, ni en su muerte merece mas honras, ni mas epitafios que el olvido y el silencio. A mí solo me toca morirme á escuras, ser un difunto escondido, y un muerto de monton, acinado entre los demas que se desvanecen en los podrideros. A mis gusanos, mis zancarrones, y mis cenizas deseo que no me las alboroten, ya que en la vida no me han dexado hueso sano. A la eternidad de mi pena ó de mi gloria no la han de quitar ni poner trozo alguno los recuerdos de los que vivan: con que no rebaxándome infierno, ni añadiéndome bienaventuranza sus conmemoraciones, para nada me importa que se sepa que yo he estado en el mundo. No aspiro á mas memo-

rias, que á los piadosísimos sufragios que hace la Iglesia mi madre por toda la comunidad de los finados de su gremio. Cogeráme el torbellino de responsos del dia dos de Noviembre, como á todo pobre, y me consolaré con los que me reparta la piedad de Dios. Hablo con los antojos de mi esperanza y la liberalidad de mi deseo. Yo me imagino desde acá ánima del Purgatorio, porque es lo mejor que me puede suceder. La multitud horrible de mis culpas me confunde, me aterra, y me empuja á lo mas hondo del infierno: pero hasta ahora no he caido en él, ni en la desesperacion. Por la gracia de Dios espero temporales los castigos; y confiado en su misericordia, aun me hago las cuentas mas alegres. Su Magestad quiera que este último pronóstico me salga cierto, ya que ha permitido que mienta en quantos tengo derramados por el mundo.

A los Frayles y los ahorcados (antes y despues de calaveras) los escribe el uso, la devocion, ó el entretenimiento de los vivientes las vidas, los milagros y las temeridades. A otras castas de hombres vigorosos en los vicios ó en las virtudes tambien les hacen la caridad de inmortalizarlos un poco con la relacion de sus hazañas. A los muertos, ni los sube ni los baxa, ni los abulta, ni los estrecha la honra ó la ignominia, con que los sacan segunda vez á la plaza del mundo los que se entrometen á Historiadores de sus aventuras; porque ya no estan en estado de merecer, de medrar, ni de arruinarse. Los aplausos, las afrentas, las exâltaciones, los contentos y las pesadumbres todas se acaban el dia que se acaba. A los vivos les suele ser lastimosamente perjudicial el cacareo de sus costumbres; porque á los buenos los pone la lisonja disimulada en una en-

to-

tonacion desvanecida y en un amor interesado, antojadizo y peligroso. Regodeanse con los chismes del aplauso y con las monerias de la vanagloria, y dan con su alma en una soberbia intolerable. Los malos se irritan, se maldicen, y tal vez se complacen con la abominacion ó las acusaciones de sus locuras. Un requiebro de un adulador desvanece al mas humilde. Una advertencia de un bien intencionado encoleriza al menos rebelde. En todo hay peligro: es ciencia dificultosa la de alabar y reprehender. Todos presumen que la saben, y ninguno la estudia; y es raro el que no la practica con satisfaccion.

A los que leen dicen que les puede servir al escarmiento, ó la imitacion la noticia de las virtudes ó las atrocidades de los que con ellas fueron famosos en la vida. No niego algun provecho; pero tambien descubro en su lectura muchos daños, quando

do no lee sus acciones el ansia de imitar las unas y la buena intencion de aborrecer las otras, sino el ocio impertinente, y la curiosidad mal empleada. Lo que yo sospecho es que *si* este estilo produce algun interes, lo lleva solo el que escribe: porque el muerto y el lector pagan de contado, el uno con los huesos que le desentierran, y el otro con su dinero. Yo no me atreveré á culpar absolutamente esta costumbre, que ha sido loable entre las gentes; pero afirmo que es peligroso meterse en vidas agenas: y que es dificil describirlas sin lastimarlas. Son muchas las que estan llenas de nimiedades, ficciones y mentiras. Rara vez las escribe el desengaño y la sinceridad, sino es la adulacion, el interes y la ignorancia. Lo mas seguro es no despertar á quien duerme. Descansen en paz los difuntos: los vivos vean como viven: y viva cada uno para sí, pues para

sí

sí solo muere quando muere.

Las relaciones de los sucesos gloriosos, infelices ó temerarios de infinitos vivientes y difuntos podran ser útiles, importantes, y aun precisas. Sean en hora buena para todos: pero á mí por lado ninguno me viene bien, ni vivo, ni muerto, la memoria de mi vida: ni á los que la hayan de leer les conduce para nada el exâmen ni la ciencia de mis extravagancias y delirios. Ella es tal, que ni por mala, ni por buena, ni por justa, ni por ancha puede servir á las imitaciones, los odios, los cariños, ni las utilidades. Yo soy un mal hombre: pero mis diabluras, ó por comunes, ó por freqüentes, ni me han hecho abominable, ni exquisitamente reprehensible. Peco como muchos, emboscado y hundido, con miedo y con vergüenza de los que me atisban. Mirando á mi conciencia soy facineroso; mirando á los testigos soy re-

gu-

gular, pasadero y tolerable. Soy pecador solapado, y delinqüente obscuro, de modo que se sospeche y no se jure. Tal qual vez soy bueno; pero no por eso dexo de ser malo. Muchos disparates de marca mayor y desconciertos plenarios tengo hechos en esta vida; pero no tan únicos que no los hayan executado otros infinitos antes que yo. Ellos se confunden, se disimulan, y pasan entre los demas. El uso plebeyo los conoce, los hace, y no los extraña ni en mí, ni en otro; porque todos somos unos, y con corta diferencia, tan malos los unos como los otros.

A mi parecer soy medianamente loco; algo libre, y un poco burlon; un mucho holgazan, un si es no es presumido, y un perdulario incorregible, porque siempre he conservado un aborrecimiento espantoso á los intereses, honras, aplausos, pretensiones, puestos, ceremonias, y zalamerias

rías del mundo. La urgencia de mis necesidades, que han sido grandes y repetidas, jamas me pudo arrastrar á las antesalas de los poderosos: sus paredes siempre estuvieron quejosas de mi desvio, pero no de mi veneracion. Nunca he presentado un memorial, ni me he hallado bueno para Corregidor, para Alcalde, para Cura, ni para otro oficio, por los que afanan otros tan indispuestos como yo. A este dexamiento (que en mi juicio es mal humor ó filosofia) han llamado soberbia y rusticidad mis enemigos: puede ser que lo sea; pero como soy christiano que yo no la distingo, ó la equivoco con otros desórdenes. Unas veces me parece genio, y otras altaneria desvariada. Lo que aseguro es que quando se me ofrece ser humilde, que es muchas veces al dia, siempre encuentro con las sumisiones, y con el menosprecio de mí mismo, sin el mas

leve reparo ni retiro de mi natural orgullo. Sujeto con facilidad y con alegria mis dictámenes y sentimientos á qualquiera parecer. Me escondo de las porfiadas conferencias, que son freqüentes en las conversaciones. Busco el asiento mas obscuro y mas distante de los que presiden en ellas. Hablo poco, persuadido á que mis expresiones ni pueden entretener, ni enseñar. Finalmente, estoy en los concursos cobarde, callado, con miedo y sospecha de mis palabras y mis acciones. Si esto es genio, política, negociacion, ó soberbia, apúrelo el que va leyendo, que yo no sé mas que confesarlo.

Sobre ninguna de las necedades y delirios de mi libertad, pereza y presuncion se puede fundar una breve xácara de las que para el regodeo de los pícaros componen los Poetas tontos, y cantan los ciegos en los cantones y corrillos. Yo estoy bien se-

seguro que es una culpable majadería poner en Crónica las sandeces de un sugeto tan vulgar, tan ruin, y tan desgraciado, que por extremo alguno puede servir á la complacencia, al exemplo, ni á la risa. El tiempo que se gaste en escribir y en leer no se entretiene, ni se aprovecha, que todo se malogra: y no obstante estas inutilidades y perdiciones estoy determinado á escribir los desgraciados pasages que han corrido por mí en todo lo que dexo atras de mi vida. Por lo mismo que ha tardado mi muerte, ya no puede tardar: y quiero antes de morirme desvanecer con mis confesiones y verdades los enredos y las mentiras que me han abultado los críticos y los embusteros. La pobreza, la mocedad, lo desentonado de mi aprehension, lo ridículo de mi estudio, mis almanaques, mis coplas y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un estudian-

dianton extravagante, y un Escolar entre brujo y astrólogo, con visos de diablo, y perspectivas de hechicero. Los tontos que pican en eruditos me sacan y me meten en sus conversaciones: y en los estrados y las cocinas detras de un aforismo del Kalendario me ingieren una ridícula quixotada, y me pegan un par de aventuras descomunales; y por mi desgracia y por su gusto ando entre las gentes hecho un mamarracho, cubierto con el sayo que se les antoja, y con los parches é hisopadas de sus negras noticias. Paso entre los que me conocen, y me ignoran, me abominan, y me saludan por un Guzman de Alfarache, un Gregorio Guadaña, y un Lázaro de Tormes: y ni soy este, ni aquel, ni el otro; y por vida mia que se ha de saber quien soy. Yo quiero meterme en corro; y ya que qualquiera monigote presumido se toma de mi murmuracion,

murmuremos á medias, que yo lo puedo hacer con mas verdad, y con menos injusticia y escándalo que todos. Sigase la conversacion, y crea despues el mundo á quien quisiere.

No me mueve á confesar en el público mis verdaderas liviandades el deseo de sosegar los chismes y las parlerias con que anda alborotado mi nombre y foragida mi opinion: porque mi espíritu no se altera con el ayre de las alabanzas, ni con el ruido de los vituperios. A todo el mundo le dexo garlar y decidir sobre lo que sabe ó lo que ignora, sobre mí, ó sobre quien agarra al buelo su voluntad, su rabia, ó su costumbre. Desde muy niño conocí que de las gentes no se puede pretender ni esperar mas justicia, ni mas misericordia que la que no le haga falta á su amor propio. En los empeños de poca ó mucha consideracion cada uno sigue su comodidad y sus ideas.

Al que me alaba no se lo agradezco; porque si me alaba es porque le conviene á su modestia ó su hipocresía, y á ellas puede pedir las gracias que yo no debo darle. Al que me corrige le oigo y lo dexo descabezar: riome mucho de ver como presume de consejero muy repotente y gustoso con sus propias satisfacciones. Así me compongo con las gentes, y así he podido llegar con mi vida hasta hoy sin especial congoja de mi espíritu, y sin mas trabajos que las indispensables corrupciones y lamentos que para el Rey y el Labrador, el Pontífice y el Sacristan tiene la naturaleza reposados en su misma fábrica y vitalidad.

Dos son los especiales motivos que me estan instando á sacar mi vida á la vergüenza. El primero nace de un temor prudente, fundado en el hambre y el atrevimiento de los escritores agonizantes y desfarrapados que

se gastan por la permision de Dios en este siglo. Escriben de quanto entra, pasa y sale en este mundo y el otro, sin reservar asunto ni persona; y temo que por la codicia de ganar quatro ochavos salga algun tonto levantando nuevas maldiciones y embustes á mi sangre, á mi flema y á mi cólera. Quiero adelantarme á su agonia, y hacerme el mal que pueda; que por la propia mano son mas tolerables los azotes. Y finalmente, si mi vida ha de valer dinero, mas vale que lo tome yo que no otro; que mi vida hasta ahora es mia, y puedo hacer con ella los visages y transformaciones que me hagan al gusto y á la comodidad, y ningun vergante me la ha de vender mientras yo viva; y para despues de muerto les queda el espantajo de esta historia, para que no lleguen sus mentiras y sus ficciones á picar en mis gusanos; y estoy muy contento de pre-

su-

sumir que bastará la diligencia de esta escritura que hago en vida, para espantar y aburrir de mi sepulcro los grajos, abejones y moscardas que sin duda llegarian á zumbarme la calavera, y roerme los huesos.

El segundo motivo que me provoca á poner patentes los disparatorios de mi vida es para que de ellos coja noticias ciertas, y asunto verdadero el Orador que haya de predicar mis honras á los Doctores del reverente Claustro de mi Universidad. A mi opinion le tendrá cuenta que se arreglen las alabanzas á mis confesiones; y á la del Predicador le convendrá no poco predicar verdades. Como he pasado lo mas de mi vida sin pedir ni pretender honores, rentas, ni otros intereses, tambien deseo que en la muerte ninguno me ponga, ni me añada mas de lo que yo dexare declarado que es mio. Materiales sobrados contiene este papel para fa-

bricar veinte oraciones fúnebres: y no hará demasiada galanteria el Orador en partir con mi alma la propina, porque le doy hecho lo mas del trabajo. Acuérdese de la felicidad que se halla el que recoge junto, distinguido y verdadero el asunto de los funerales, que es una desdicha ver andar á la rastra (en muriendo uno de nosotros) al pobre Predicador mendigando virtudes, y estudiando ponderaciones para sacar con algun lucimiento á su difunto. Preguntan á unos, exâminan á otros, y al cabo de uno, dos ó mas años no rastrean otra cosa que ponderar del muerto sino es la caridad; y esta la deduce, porque algun dia lo vieron dar un ochavo de limosna. Empéñanse en canonizarlo, y hacerle Santo, aunque haya sido un Pedro Ponce, y es preciso que sea en fuerza de fingimientos, ponderaciones y metafisicas. A mí no me puede hacer bueno ninguno

guno despues de muerto si yo no lo he sido en vida. Las bondades que me apliquen tampoco me pueden hacer provecho. Lo que yo haga y lo que yo trabaje es lo que me ha de servir, aunque no me lo cacareen. Ruego desde ahora al que me predique que no pregunte por mas ideas ni mas asuntos que los que encuentre en este papel. Soy hombre claro y verdadero, y diré de mí lo que sepa con la ingenuidad que acostumbro. Agarrese de la misericordia de Dios, y diga que de su piedad presume mi salvacion; y no se meta en el verengenal de hacerme virtuoso, porque mas ha de escandalizar que persuadir con su plática. Si mi Universidad puede suspender la costumbre de predicar nuestras honras, yo deseo que empiece por mí, y que me cambie á misas y responsos el sermon, el túmulo, las candelillas y los epitafios. Gaste con otros sugetos

mas dignos y mas acreedores á las pompas sus exâgeraciones y el bullage de los sentimientos enjutos, que yo moriré muy agradecido sin la esperanza de mas honras que las especiales que me tiene dadas en vida. Estos son los motivos que tengo para sacarla á luz de entre tantas tinieblas: y antes de empezar conmigo trasplantaré á la vista de todos el rancio alcarnoque de mi alcurnia, para que se sepa de raiz qual es mi tronco, mis ramos y mis frutos.

Ascendencia de Don Diego de Torres.

Salieron de la Ciudad de Soria, ni sé si arrojados de la pobreza ó de alguna travesura de mancebos, Francisco y Roque de Torres, ambos hermanos, de corta edad, y de sana y apreciable estatura. Roque, que era el mas bronco, mas fornido y mas adelantado en dias paró en Almeida de

de Sayago, en donde gastó sus fuerzas y su vida en los penosos afanes de la agricultura y en los cansados entretenimientos de la aldea. Mantúvose soltero y celibato; y el azadon, el arado, y una templada dieta, especialmente en el vino, á que se sujetó desde mozo, le alargaron la vida hasta una larga, fuerte y apacible vejez. Con los repuestos de sus miserables salarios, y alguna ayuda de los dueños de las tierras que cultivaba, compró cien gallinas y un borrico; y con este poderoso asiento y crecido negocio empezó la nueva carrera de su ancianidad. Siendo ya hombre de cinqüenta y ocho años, metido en una chía, y revuelto en su gaban, se puso á harriero de huevos y trugiman de pollos, acarreando esta mercaduría al Corrillo de Salamanca y á la plaza de Zamora. Era en estos puestos la diversion y alegria de las gentes, y en especial de

las

las mozas y los compradores. Fue muy conocido y estimado de los vecinos de estas dos Ciudades, y todos se alegraban de ver entrar por sus puertas al Sayagués; porque era un viejo desasquerado, gracioso, sencillo, barato, y de buena condicion. Con la afabilidad de su trato y la tarea de este pobre comercio desquitaba las resistencias del azadon, y burló los ardides y tropelías de la ociosidad, la vejez y la miseria. Vivió noventa y dos años, y lo sacó de este mundo (segun las señas que dieron los de Sayago) un cólico convulsivo. Dexó á su alma por heredera de su borrico, sus gallinas, sus zuecos y gaban, que eran todos sus muebles y raices: y hasta hoy que se me ha antojado á mi hacer esta memoria, nadie en el mundo se ha acordado de tal hombre.

Francisco, que era mas mozo, mas habil, y de humor mas violento, llegó

gó á Salamanca; y despues de haber rodado todas las porterías de los Conventos asentó en casa de un boticario: recibióle para sacar agua del pozo, lavar peroles, machacar raices, y arrullar á ratos un niño que tenia. Fuese instruyendo insensiblemente en la patarata de los rótulos: entrometióse en la golosina de los xaraves y las conservas: y con este baño, y algunas unturas que se daba en los ratos ociosos con los Cánones del Mesue salió en pocos dias tan buen Gramático, y famoso Pharmacéutico como los mas de este exercicio. Fue exâminado y aprobado por el reverendo Tribunal de la Medicina, y le dieron aquellos señores su Cedulon para que sin incurrir en pena alguna hiciese y despachase los ungüentos, los zerotes, los julepes, y las demas porquerias que encierran estos oficiales en sus caxas, botes, y redomas. Murió su amo pocos meses despues

pues de su exâmen; y antes de cumplir el año de muerto se casó, como era regular, con la viuda; la que quedó moza, bien tratada, y con tienda abierta: y entre otros hijos tuvieron á Jacinto de Torres, que por la pinta fue mi legítimo abuelo. Fue Francisco un buen hombre, muy asistente á su casa, retirado, y limosnero: murió mozo, y creo piadosamente que goza de Dios.

Quedó mi abuelo Jacinto en poder de su madre; y crióse como hijo de viuda, libre, regalado, impertinente y vicioso. La libertad de la crianza y la violencia de su genio lo echaron de su casa; y despues de muchas correrías y estaciones paró en Flandes. Sirvió al Rey de poco; porque á los dos años del asiento de su plaza, que fue de soldado raso, le embaró el movimiento de una pierna un carbunco que le salió en una corva. Coxo, inválido, y sin sueldo se halla-

llaba en Flandes, y acosado de la necesidad, discurrió en elegir un oficio para ganar la vida. Aprendió el de tapizero, y salió en él primoroso y delicado, como lo juran varias obras suyas, que se mantienen hoy en Salamanca y otras partes. Ya maestro, y hombre de treinta y quatro años, se volvió á su patria, asentó su rancho, y puso sus telares, su tabla á la puerta con las Armas Reales, y su retulon: *Del Rey nuestro Señor Tapizero.* Casó con Maria de Vargas, que fue mi abuela, y vivieron muchos años con envidiable serenidad y moderada conveniencia; porque su oficio, su economia y su paz les multiplicaba los bienes y el trabajo. De este matrimonio salió Pedro de Torres, mi buen padre, Maria de Torres, y Joseph de Torres. Este murió Carmelita Descalzo en Indias con opinion de escogido Religioso, y mi padre en Salamanca, habiendo vi-

vi-

vido del modo que diré brevemente.

Mi padre Pedro de Torres estaba estudiando la Gramática Latina quando murieron mis abuelos. Entraba en el estudio con desabrimiento, como todos los muchachos: y luego que se vió libre y sin obediencia se deshizo de Antonio de Nebrixa, aburrió á su patria, y fue á parar á la Estremadura. Sirvió en Alcántara á un Caballero llamado Don Sancho de Arias y Paredes, de quien hay larga generacion, buena memoria y loables noticias en aquel Reyno. Tres años estuvo en su casa, sin otro cuidado que acompañar al estudio á dos hijos de este Caballero. Aficionóse como niño á hacer lo que los otros; y al mismo tiempo que sus amos se instruyó en los sistemas Filosóficos de Aristóteles. Marchó á Madrid, no sé si voluntario ó despedido: solo supe que sus amos sintieron tiernamente su ausencia, porque le amaban

co-

como á hijo. Cansado de solicitar conveniencias, ya para servir, ya para holgar, como hacen todos los que se hallan sin medios en la Corte, se puso al oficio de librero. Aprendióle brevemente, y volvió á Salamanca, en donde asentó su tienda, que en aquel tiempo fue de las mas surtidas y famosas. Casóse con Manuela de Villaroel, y salimos de este matrimonio diez y ocho hermanos; y solo estamos hoy en el mundo mis dos hermanas Manuela y Josefa de Torres, y yo, que todavia estoy medio vivo. El caudal y el trabajo de mis padres sostenia con templanza y con limpieza la numerosa porcion de hijos que Dios les habia dado, hasta que por los años de setecientos y tres se empezó á desmoronar la tienda con las freqüentes faltas que mi padre hacia de su amostrador y sus andenes. Fue la causa haberle nombrado por Procurador del Comun, y poner en

su

su desvelo la Ciudad de Salamanca la asistencia de los almacenes de pólvora, armas, y otros pertrechos, y dexar solo á su cuidado los alojamientos de la tropa que por aquellas cercanias transitaba á la guerra de Portugal. Acabóse de arruinar la librería con la duracion de los nuevos encargos á que acudia mi honradísimo padre: y el Real Consejo de Castilla, informado de la lealtad, zelo prontitud y desperdicio de bienes y trabajo con que habia servido al Rey, mandó á la Ciudad que le diesen quatrocientos ducados anuales, y trescientos doblones, para que por una vez se reforzase de sus pérdidas. Con esta ayuda de costa viviamos estrechos, pero sin trampas, ni sensible miseria. Hechas las paces con Portugal, reformaron, con otros, el triste sueldo de mi padre, y quedó pobre, viejo, y sin el recurso á sus libros y tareas.

Era

Era yo á esta sazon un mozote de diez y ocho años, que solo servia de estorbo, de escándalo, y de añadidura á la pobreza: y viendo que la extrema necesidad estaba ya á los umbrales de nuestras puertas, dexé la compañia de mis padres, con la deliberacion de no permitir que la miseria y los desconsuelos se apoderasen de su cansada vida. La piedad de Dios premió mis buenos deseos con la vista de sus alivios. Fue el caso que marché á Madrid, y á pocos dias logré amistad con Don Jacobo de Flon, Superintendente entonces de la Renta del Tabaco de la Corona: y la piedad de este Caballero me dió quatrocientos ducados, con un título postizo de Visitador de los Estancos de Salamanca, para que mi padre comiese sin las zozobras en que yo le dexé amenazado. Pude agregar á este

anual socorro la Administracion de los Estados de Acevedo del Excelentísimo Señor Conde de Miranda, mi Señor; y con su producto y los forzosos repuestos de mis tareas logró una feliz y descansada vejez. Fue mi padre hombre muy gracioso, de agradable trato, y de conversacion entretenida y variamente docta. No salia de su tienda comprado ó vendido libro alguno antiguo ó moderno que no lo leyese antes con cuidado é inteligencia. En la historia fue famoso y puntualísimo; y en las facultades escolásticas entendia mas que lo que regularmente se presume de un lego con atencion á otros cuidados. Gozó de unos humores apacibles, un ánimo suave, sosegado y continuamente festivo. Fue verdadero en sus tratos, humilde en sus obras y palabras, y pacífico y con-

for-

forme en todas las adversidades. Murió de sesenta y ocho años, con ayuda de los médicos, de una calentura ustiva, que declinó en unas parótidas que ellos llaman symptomáticas; y en todo el tiempo de su enfermedad mantuvo la alegria y la gracia del genio, pues hasta la última hora no dexó las preciosas agudezas de su buen humor. Mi madre, Manuela de Villarroel, vive hoy cargada con setenta y quatro años; pero la fortaleza de sus humores y la robustez del genio arrastran la pesadumbre de la edad sin penosa fatiga, ni desazon desesperada. La memoria se le ha hundido un poco, pero las demas potencias las usa con prontitud y con deleite. Mi madre fue hija de Francisco Villarroel, y este sustentó una dilatada familia con una tienda de lienzos que tenia en la plaza

de Salamanca, unas viñas y una casa bodega en el Lugar de Villa-Mayor, que son las únicas raices que conocí en toda mi generacion.

Ya he destapado los primeros entresijos de mi descendencia: no dudo que en registrando mas rincones se encontrará mas basura y mas limpieza; pero ni lo mas sucio me dará bascas, ni lo mas relamido me hará saborear con gula reprehensible. Mis disgustos y mis alegrias no estan en el arbitrio de los que pasaron, ni en las elecciones de los que viven. Mi afrenta ó mi respeto estan colgados solamente de mis obras y de mis palabras: los que se murieron nada me han dexado: á los que viven no les pido nada; y en mi fortuna ó en mi desgracia no tienen parte ni culpa los unos ni los otros. Lo que aseguro es que pongo lo mas humilde, y

que

que he entresacado lo mas asqueroso de mi generacion, para que ningun soberbio presumido imagine que me puede dar que sentir en callarme ó descubrirme los parientes. Algunos tendrian, ó estarán ahora en empleos nobles, respetosos y ricos; el que tenga noticia de ellos cállelos ó descúbralos, que á mí solo me importa retirarme de las persuasiones de la vanagloria y de los engreimientos de la soberbia. Los hombres todos somos unos: á todos nos rodea una misma carne, nos cubren unos mismos elementos, nos alienta una misma alma, nos afligen unas mismas enfermedades, nos asaltan unos mismos apetitos, y nos arranca del mundo la muerte. Aun en las aprehensiones que producen nuestra locura no nos diferenciamos quasi nada. El paño que me cubre es un poco mas gor-

do de hiladura que el que engalana al Príncipe; pero ni á él le desfigura de hombre lo delgado, ni lo libra de achaques lo pulido, ni á mí me descarta del gremio de la racionalidad lo burdo del estambre. Nuestra raza no es mas que una: todos nos derivamos de Adan. El arbol mas copetudo tiene muchos pedazos en las zapaterias, algunos zoquetes en las cardas, y muchos estillones y mendrugos en las horcas y los tablados: y al reves, el tronco mas rudo tiene muchas estatuas en los tronos, algunos oráculos en los tribunales, y muchas imágenes en los templos. Yo tengo de todo, y en todas partes, como todos los demas hombres; y tengo el consuelo y la vanidad de que no siendo Hidalgo, ni Caballero, sino Villanchon redondo, segun se reconoce por los quatro costados que

he descosido al sayo de mi alcurnia, hasta ahora ni me ha desamparado la estimacion, ni me ha hecho dengues ni gestos la honra, ni me han escupido á la cara ni al nacimiento los que reparten en el mundo los honores, las abundancias y las fortunas. Otros con tan malos y peores abuelos como los que me han tocado viven triunfantes, poderosos y temidos; y muchos de los que tienen sus raices en los tronos andan infames, pobres y despreciados. Lo que aprovecha es tener buenas costumbres, que estas valen mas que los buenos parientes; y el vulgo, aunque es indómito, hace justicia á lo que tiene delante. Los abuelos ricos suelen valer mas que los nobles; pero ni de unos ni otros necesita el que se acostumbra á honrados pen-

samientos y virtuosas hazañas. Un Christiano viejo, sano, robusto, lego y de buen humor es el que debe desear para abuelo el hombre desengañado de estas fantasmas de la soberbia: que sea procurador, agujetero ó boticario, todo es droga. Yo finalmente estoy muy contento con el mio, y he sido tan dichoso con mis pícaros parientes, que á la hora que esto escribo á ninguno han ahorcado, ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia de modo alguno la obediencia al Rey, á la ley y á las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines; pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos y picardias. Esta descendencia me ha dado Dios, y esta es la que me conviene y me im-

importa; y ya que he dicho de dónde vengo, voy á decir lo que ha permitido Dios que sea.

Nacimiento, crianza y escuela de Don Diego de Torres, y sucesos hasta los primeros diez años de su vida, que es el primer trozo de su vulgarísima historia.

Yo nací entre las cortaduras del papel y los rollos del pergamino, en una casa breve del Barrio de los Libreros de la Ciudad de Salamanca; y renací por la misericordia de Dios en el Sagrado Bautismo en la Parroquia de San Isidoro y San Pelayo, en donde consta este caracter, que es toda mi vanidad, mi consuelo y mi esperanza. La retaila del abolorio que dexamos atras está bautizado tambien en las Iglesias de esta Ciudad, unos en San

Mar

Martin, otros en San Christoval, y otros en la Iglesia Catedral, menos los dos hermanos Roque y Francisco, que son los que trasplantaron la casta. Los Villarroeles, que es la derivacion de mi madre, tambien tiene de trescientos años á esta parte asentada su raza en esta Ciudad; y en los libros de bautizados, muertos y casados se encontrarán sus nombres y exercicios. Criéme, como todos los niños, con teta y moco, lágrimas y caca, besos y papilla. No tuvo mi madre en mi preñado ni en mi nacimiento antojos, revelaciones, sueños, ni señales de que yo habia de ser astrólogo ó sastre, santo ó diablo. Pasó sus meses sin los asombros ó las pataratas que nos cuentan de otros nacidos; y yo salí del mismo modo naturalmente, sin mas testimonios, mas pronósticos, ni mas se-

señales y significaciones que las comunes porquerias en que todos nacemos arrebujados y sumidos. Ensuciando pañales, faldas y talegos, llorando á chorros, gimiendo á pausas, hecho el hazme reir de las viejas de la vecindad, y el embelesamiento de mis padres, fui pasando hasta que llegó el tiempo de la escuela y los sabañones. Mi madre cuenta todavia algunas niñadas de aquel tiempo; si dixe este despropósito ó la otra gracia; si tiré piedras; si embadurné el baquero; el papa, caca, y las demas sencilleces que refieren todas las madres de sus hijos; pero siendo en ellas amor disculpable, prueba de memoria y vejez referirlas, en mí será necedad y molestia declararlas. Quedémos en que fui como todos los niños del mundo, puerco y lloron; á ratos gracioso, y á veces ter-

terrible, y estan dichas todas las travesuras, donayres y gracias de mi niñez.

A los cinco años me pusieron mis padres la cartilla en la mano, y con ella me clavaron en el corazon el miedo al Maestro, el horror á la escuela, el susto continuado á los azotes, y las demas angustias que la buena crianza tiene establecidas contra los inocentes muchachos. Pagué con las nalgas el saber leer, y con muchos sopapos y palmetas el saber escribir: y en este Argel estuve hasta los diez años, habiendo padecido cinco en el cautiverio de Pedro Rico, que así se llamaba el cómitre que me retuvo en su galera. Ni los halagos del Maestro, ni las amenazas, ni los castigos, ni la costumbre de ir y volver de la escuela pudieron engendrar en mi espíritu la mas leve afi-

aficion á las letras y las planas. No nacia esta rebelion de aquel comun alivio que sienten los muchachos con el ocio, la libertad y el esparcimiento, sino de un natural horror á estos trastos, de un apetito propio á otras niñerias mas ocasionadas y mas dulces á los primeros años. El trompo, el reguilete y la matraca eran los ídolos y los deleites de mi puerilidad: quanto mas crecia el cuerpo y el uso de la razon, mas aborrecia este linage de trabajo. Aseguro que habiendo sido mi nacimiento, mi crianza y toda la ocupacion de mi vida entre los libros, jamas tomé alguno en la mano deseoso del entretenimiento y la enseñanza que me podian comunicar sus hojas. El miedo al ocio, la necesidad y la obediencia á mis padres me metieron en el estudio; y sin saber lo que me sucedia me hallé

en

en el gremio de los escolares, rodeado del vade y la sotana. Quando niño la ignorancia me apartó de la comunicacion de las lecciones: quando mozo los paseos y las altanerias no me dexaron pensar en sus utilidades; y quando me sentí barbado me desconsoló mucho la variedad de sentimientos, la turbulencia de opiniones y la consideracion de los fines de sus autores. A los libros ancianos aun les conservaba algun respeto; pero despues que vi que los libros se forjaban en unas cabezas tan achacosas como la mia, acabaron de poseer mi espíritu el desengaño y el aborrecimiento. Los libros gordos, los magros, los chicos y los grandes son unas alhajas que entretienen, y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree vive dichoso y entretenido: el que los trata mucho es-

está muy cerca de ser loco: el que no los usa es del todo necio. Todos estan hechos por hombres, y precisamente han de ser defectúosos y obscuros como el hombre. Unos los hacen por vanidad, otros por codicia, otros por la solicitud de los aplausos, y es rarísimo el que para el bien público se escribe. Yo soy autor de doce libros, y todos los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme. Esto nadie lo quiere confesar; pero atisbemos á todos los hipócritas, melancólicos, embusteros que suelen decir en sus prólogos que por el servicio de Dios, el bien del próximo y redencion de las almas dan á luz aquella obra, y se hallará que ninguno nos la da de valde, y que empieza el petardo desde la dedicatoria, y que se espiritan de corage contra los que no se la alaban

é introducen. Muchos libros hay buenos, muchos malos, é infinitos inútiles. Los buenos son los que dirigen las almas á la salvacion por medio de los preceptos de enfrenar nuestros vicios y pasiones: los malos son los que se llevan el tiempo sin la enseñanza ni los avisos de esta utilidad; y los inútiles son los mas de todas las que se llaman facultades. Para instruirse en el idioma de la Medicina y comer sus aforismos basta un Curso qualquiera, y pasan de doce mil los que hay impresos, sin mas novedad que repetirse, trasladarse y maldecirse los unos á los otros: y lo mismo sucede entre los oficiales y maestros que parlan y practican las demas ciencias. Yo confieso que para mí perdieron el crédito y la estimacion los libros despues que vi que se vendian y apreciaban los mios, sien-

siendo hechuras de un hombre loco, absolutamente ignorante, y relleno de desvarios y estrañas inquietudes. La lástima es, y la verdad, que hay muchos autores tan parecidos á mí, que solo se diferencian del semblante de mis locuras en un poco de moderacion afectada; pero en quanto á necios, vanos y defectuosos no nos quitamos pinta. Finalmente la natural ojeriza, el desengaño ageno y el conocimiento propio me tienen dias ha desocupado y fugitivo de su conversacion: de modo que no habia cumplido los treinta y quatro años de mi edad quando derrenegué de todos sus cuerpos; y una mañana que amaneció con mas furia en mi cerebro esta especie de delirio repartí entre mis amigos y contrarios mi corta librería, y solo dexé sobre la mesa, y sobre un si-

llon que está á la cabecera de mi cama, la tercera parte de Santo Tomas, Kempis, el Padre Croset, Don Francisco de Quevedo, y tal qual devocionario de los que aprovechan para la felicidad de toda la vida y me pueden servir en la ventura de la última hora.

En los últimos años de la escuela, quando estaba yo aprendiendo las formaciones y valor de los guarismos, empezaron á hervir á borbotones las travesuras del temperamento y de la sangre. Hice algunas picardigüelas reparables en aquella corta edad. Fueron todas nacidas de falta de amor á mis iguales, y de temor y respeto á mis mayores. Creo que en estas osadias no tuvieron toda la culpa la simplicidad, la destemplanza de los humores, ni la natural inquietud de la niñez; tuvo la principal

pal accion en mis revoltosas travesuras la necedad de un bárbaro oficial de un texedor veçino á la casa de mis padres, porque este bruto (era Gallego) dió en decirme que yo era el mas guapo y el mas valiente entre todos los niños de la barriada, y me ponia en la ocasion de reñir con todos, y aun me llevaba á pelear á otras Parroquias. Azuzábame como á los perros contra los otros muchachos, ya iguales, ya mayores, ó jamas pequeños; y lo que logró este salvage fue llenarme de chichones la cabeza, andar puerco y roto, y con una mala inclinacion pegada á mi genio; de modo que ya sin su ayuda me salia á repartir y á recoger puñadas y mogicones sin causa, sin cólera, y sin mas destino que exercitar las malditas lecciones que me dió su brutal entrete-

nimiento. Esta inculpable descompostura puso á mis padres en algun cuidado, y á mí en un trabajo riguroso, porque así su obligacion como el cariño de los parientes y los vecinos, que amaban antes mis sencilleces, procuraron sosegar mis malas mañas con las oportunas advertencias de muchos sopapos y azotes, que añadidos á los que yo me ganaba en las pendencias, componian una pesadumbre ya casi insufrible á mis tiernos y débiles lomos. Esta aspereza, y la mudanza del salvage del texedor, que se fue á su pais, y sobre todo la vergüenza que me producia el mote de *piel del diablo* con que ya me vexaban todos los parroquianos y vecinos, moderaron del todo mis travesuras, y volví sin especial sentimiento á juntarme con mi inocente apacibilidad.

Sa-

Salí de la escuela leyendo sin saber lo que leia, formando caractéres claros y gordos; pero sin forma ni hermosura; instruido en las cinco reglillas de sumar, restar, multiplicar, partir y medio partir; y finalmente bien aleccionado en la Doctrina Christiana, porque repetia todo el Catecismo sin errar letra, que es quanto se le puede agradecer á un muchacho, y quanto se le puede pedir á una edad en la que sola la memoria tiene mas discernimiento y mas ocasiones que las demas potencias. Con estos principios, y ya emendado de mis travesurillas, pasé á los Generales de la Gramática Latina en el Colegio de Trilingue, en donde empecé á trompicar Nominativos y Verbos, con mas miedo que aplicacion. Los provechos, los daños, los sentimientos y las fortunas que me si-

guieron en este tiempo los diré en el segundo trozo de mi vida, pues aquí acabaron mis diez años primeros, sin haber padecido en esta estacion mas incomodidades que las que son comunes á todos los muchachos. Salí, gracias á Dios, de las viruelas, el sarampion, las postillas y otras plagas de la edad sin lesion reprehensible en mis miembros. Entré crecido, fuerte, robusto, gordo, y felizmente sano en la nueva fatiga; la que seguí y finalicé como verá el que quiera leer ú oir.

Trozo segundo de la vida de D. Diego de Torres: empieza desde los diez años hasta los veinte.

Don Juan Gonzalez de Dios, hoy Doctor en Filosofia y Catedrático de Letras Humanas en la Universidad

dad de Salamanca, hombre primoroso, y delicadamente sabio en la Gramática Latina, Griega y Castellana, y entretenido con admiracion y provecho en la dilatada amenidad de las buenas letras, fue mi primer Maestro y conductor en los preceptos de Antonio de Nebrixa. Es Don Juan de Dios un hombre silencioso, mortificado, ceñudo de semblante, extático de movimientos, retirado de la multitud, sentencioso, y parco en las palabras, rígido, y escrupulosamente reparado en las acciones: y con estas modales y las que tuvo en la enseñanza de sus discípulos fue un venerable, temido y prodigioso Maestro. Para que aprovechase sin desperdicios el tiempo me entregaron totalmente mis padres á su cuidado, poniéndome en el pupilage virtuoso, esparcido y abun-

dante de su casa. Poco aficionado, y felizmente medroso, cumplia con las tareas del estudio y los demas exercicios que tenia impuestos la prudencia del Maestro para hacer dichosos y aprovechados á los pupilos. Procuraba poner en la memoria las lecciones que me señalaba su experiencia con bastante trabajo y porfia, porque mi memoria era tarda, rebelde y sin disposicion para retener las voces. El temor á su aspecto y á la liberalidad del castigo vencia en mi temperamento esta pereza ó natural aversion, que siempre estuvo permanente en mi espíritu á esta casta de entretenimientos ó trabajos. La alegria, el orgullo y el bullicio de la edad me los tenia ahogados en el cuerpo su continua presencia. Interiormente hallaba yo en mí muchas disposiciones para ser malo, revoltoso y atre-

atrevido; pero el miedo me tuvo disimuladas y sumidas las inclinaciones. La rigidez y la opresion importa mucho en la primera crianza: el gesto del Preceptor á todas horas sobre los muchachos les detiene las travesuras, les apaga los vicios, les sofoca las inconsideraciones, y modera aun las inculpables altanerias de la edad. A la vista del Maestro ningun muchacho es malo, ninguno perezoso; todos se animan á parecer aplicados y liberales, y la repeticion y el vencimiento les va trocando las inclinaciones, y haciendo que tomen el gusto á las virtudes. Regañando interiormente, lleno de hastío, y disimulando la inapetencia á los estudios y á la doctrina, tragué tres años las lecciones, los consejos y los avisos; y á pesar de mis achaques salí bueno de costumbres,

y medianamente robusto en el conocimiento de la Gramática Latina. De muchos niños se cuenta que estudiaron esta Gramática en seis meses, y en menos tiempo. Yo doy gracias á Dios por la crianza de tan posibles penetraciones; pero creo lo que me parece. Lo que aseguro es que en mi compañia cursaban quatrocientos muchachos las aulas de Trilingue, y á todos nos tocó ser tan rudos, que el mas ingenioso se detuvo el mismo tiempo que yo, y otros permanecieron por muchos dias. Es verdad que estos adelantamientos y milagros se los he oido referir á sus padres, y como estos son partes tan apasionadas de sus hijos, se puede dudar de sus ponderaciones. Adelanta poco un niño en saber la Gramática de corta edad; es gracia que sirve para el entretenimiento; pero

es

es muy poca la disposicion que adquiere para la inteligencia de las facultades superiores. No pierde tiempo el que gasta tres ó quatro años entre los Horacios, los Virgilios, los Valerios y los Ovidios: entretanto crece la razon, se dilata el conocimiento, se madura el juicio, se reposa el ingenio, y se preparan sin violencia el deseo, la atencion y la porfia para vencer las dificultades. Mas allá del uso de la razon ha de pasar el que toma la tarea de los estudios. El silogizar no es para niños. Nada malogra el que se detiene hasta los quince ó diez y seis años entretenido en las construcciones de los Poetas. Hasta aquí hablo con los que han de seguir los estudios para oficio y para ganancia. Los que no han de comer de las facultades en qualquiera tiempo, edad

y

y ocasion que las soliciten caminan con ventura; porque es todo adelantamiento quanto emprenden, gracia quanto saben, y virtud quanto trabajan.

Salí del pupilage detenido, dócil, cuidadoso y poco castigado, porque viví con temor y reverencia al Maestro. Gracias á Dios, no mostré entonces mas inquietudes que tal qual fervor de los que se perdonan con facilidad á la niñez. Fuí bueno porque no me dexaron ser malo; no fue virtud, fue fuerza. En todas las edades necesitamos de las correcciones y los castigos; pero en la primera son indispensables los rigores. Una de las mas felices diligencias de la buena crianza es coger á los muchachos un Maestro grave, devoto y discreto, á quien teman é imiten. Muchos mozos hay malos porque

que no tienen á quien temer, y muchos viejos delinqüentes porque estan fuera de la jurisdiccion de los azotes. El maestro y la zurriaga debian durar hasta el sepulcro, que hasta el sepulcro somos malos; y de otro modo no se puede hacer bondad con el mas bien acondicionado de los hombres. Los años, la prudencia, la honra y la dignidad son maestros muy apacibles, muy descuidados y muy parciales de nuestros antojos y apetitos; el zurriago es el maestro mas respetoso y mas severo, porque no sabe adular, y solo sabe corregir y detener. Murió pocos años ha el Maestro de mis primeras letras, y lo temí hasta la muerte: hoy vive el que me instruyó en la Gramática, y aun lo temo mas que á las brujas, los hechizos, las apariciones de los difuntos, los ladro-

nes

nes y los pedigüeños, porque imagino que aun me puede azotar: estremecido estoy en su presencia, y á su vista no me atreveré á subir la voz á mas tono qué el regular y moderado. Ello parece disparate proferir que se hayan de criar los viejos con azotes como los niños; pero es disparate apoyado en la inconstancia, soberbia, rebeldia y amor propio nuestro, que no nos dexa hasta la muerte. Ahora me estoy acordando de muchos sugetos que si los hubieran azotado bien de mozos, y los azotaran de viejos, no serian tan voluntariosos y malvados como son. En todas edades somos niños y somos viejos, mirando á lo antojadizo de las pasiones: en todo tiempo vivimos con inclinacion á las libertades y á los deleytes foragidos, y valen poco pará detener su furia las correc-

recciones ni las advertencias. El palo y el azote tiene mas buena gente que los consejos y los agasajos: finalmente, en todas edades somos locos, y el loco por la pena es cuerdo.

Pasé desde mi pupilage al Colegio de Trilingue, en donde me vistieron una Beca que alcanzó mi padre de la Universidad de Salamanca. Fuí exâminado, como es costumbre, en el Claustro de Diputados de aquella Universidad; y segun la cuenta, ó me suplieron como á niño, ó correspondí á satisfaccion de los Exâminadores, porque no me faltó voto. Empecé la tarea de los que llaman estudios mayores, y la vida de Colegial, á los trece años, bien descontento y enojado, porque yo queria detenerme mas tiempo con el trompo y la matraca, pareciéndome que era

era muy temprano para meterme á hombre, y encerrarme en la melancolia de aquel casaron. Estaba de Rector del Colegio en la coyuntura de mi entrada un Clérigo virtuoso, de vida irreprehensible; pero ya viejo, enfermo, y aburrido de lidiar con los jóvenes que se crian encerrados en aquella Casa. Sus achaques, la vejez y los anteriores trabajos lo tenian sujeto á la cama muchas horas del dia y muchos meses del año; y con esta seguridad, y el exemplo de otros Colegiales amigos del ocio, la pereza y las diversiones inútiles, iba insensiblemente perdiendo la inocencia, y amontonando una poblacion de vicios y desórdenes en el alma. Halléme sin Guardian, sin Zelador y sin Maestro, y empezó mi espíritu á desarrebujar las locuras del humor, y las inconsideraa-

raciones de la edad con increible desuello é insolencia. El gusto de mis padres y el apoyo del Clérigo Rector me destinaron para que estudiase la Filosofia; y señalándome el Maestro á quien habia de oir, que fue el Padre Pedro Portocarrero, de la Compañia de Jesus, comencé esta carrera descuidado y menos medroso, porque ya me consideraba libre de los castigos, dueño de mi voluntad, y señor absoluto de mis acciones y disparates. Acudia tarde é ignorante á las Conferencias: miraba sin atencion las lecciones: retozaba y reñia con mis condiscípulos (no obstante las reverendas de la boca colorada), metíme á bufon y desvergonzado con los nuevos, y profesé de truhan, descocado y decidor con todos, sin reservar las gravedades del Maestro. Seguia en el Aula, á pesar de

las correcciones, avisos y asperezas del Lector, este género de alegrías peligrosas; y en el Colegio continuaba con mis compañeros otros desórdenes y libertades que bastaron para hacerme holgazan y perdulario.

Huyendo muchos dias de la Aula, y no estudiando ninguno, llegué arrastrando hasta las últimas qüestiones de la Lógica. Viendo el Lector que perdia el tiempo, y que no me enmendaban los consejos, ni me contenian las correcciones ni las amenazas, citó una tarde á mi padre y al Rector del Colegio para argüirme, avergonzarme y reprehenderme en su presencia. Yo tuve noticia de esta prevencion por un condiscípulo; y antes que llegasen á cogerme en la junta rompí delante del Lector los cartapacios que le habia mal escri-

crito, y le dixe con osada deliberacion que no quería estudiar. Apretóme en respuesta unas quantas manotadas, y mandó que me agarrasen los demas muchachos, los que me tuvieron asido hasta que llegaron el Rector y mi padre. Metiéronme á empujones en un apartamiento de la Sacristia, que llaman la trastera, y allí me hicieron los cargos y las datas. Aconsejábanme á coces, y advertíanme á gritos; yo recogia de mala gana los unos y los otros. Hice el sordo, el sufrido y el emendado; y despues que salí de sus uñas hice tambien el propósito de no volver á la Aula, y como era malo lo cumplí puntualmente. Y estas han sido todas las lecciones, los actos, los cursos y los exercicios que hice en la Universidad de Salamanca. Unos retazos lógicos muy mal vis-

tos fueron todos los adarnos y elementos de mis estudios. Considere el que ha llegado hasta aquí leyendo la materia de que se hacen los Doctores y los hombres que escriben libros de moralidades y doctrinas, y verá que la necedad del vulgo y la fortuna particular de cada uno tienen en su antojo la mayor parte de sus conveniencias, sus créditos y sus exâltaciones. Yo sé de mí que gozo un vulgar ingenio, desnudo de la enseñanza, la aplicacion los libros, los maestros, y de todo quanto debe concurrir á formar un hombre medianamente erudito; y me han cacareado las obras y las palabras, á pesar de mis confesiones, mis rudezas, mis descuidos, y las continuas burlas y desprecios con que las he satirizado. Arrimé desde este suceso la Lógica, y cogí nuevo horror á las cien-

ciencias, de modo que en cinco años no volví á ver libro alguno de los que se rompen en las Universidades. Las Novelas, las Comedias y los Autores Romancistas me entretuvieron la ociosidad y el retiro forzado; y estos me dexaron descuidadamente en la memoria el tal qual estilo y expresion castellana con que me bandeo para darme á entender en las conversaciones, los libros y las correspondencias.

Hundido en el ocio y la inquietud escandalosa, y sin haberme quedado con mas obligacion que la de asistir á la Cátedra de Retórica, que era la advocacion de mi Beca, proseguí en el Colegio sufrido y tolerado de la lástima y del respeto á mis pobres padres. En este arte no adelanté mas que la libertad de poder sa-

lir de casa, y algun bien que á mi salud le pudo dar el exercicio. Era el Catedrático el Doctor Don Pedro de Samaniego de la Serna: los que conocieron al Maestro y han tratado al discípulo podrán discurrir lo que él me pudo enseñar y yo aprender. Acuérdome que nos leia á mí y á otros dos Colegiales por un libro castellano; y este se le perdió una mañana viniendo á escuelas: puso varios carteles ofreciendo buen hallazgo al que se lo volviese. El papel no pareció, con que nos quedamos sin arte y sin Maestro, gastando la hora de la Cátedra en conversaciones, chanzas y novedades inútiles, y aun disparatadas. Los años me iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linage de enredos, diversiones y disparates, y yo empecé con furia

ria implacable á meterme en quantos desatinos y despropósitos rodean á los pensamientos y las inclinaciones de los muchachos. Aprendí á baylar, á jugar la espada y la pelota, torear, hacer versos; y paré todo mi ingenio en discurrir diabluras y enredos para librarme de la reclusion y las tareas en que se deben emplear los buenos Colegiales de aquella Casa. Abria puertas, falseaba llaves, hendia candados, y no se escapaba de mis manos pared, puerta ni ventana en donde no pusiese las disposiciones de falsearla, romperla ó escalarla. Era grave delito en mi tiempo romper de noche la clausura, y tomar de dia la capa y la gorra: y todas las noches y los dias quebrantaba á rienda suelta estos preceptos. Mi quarto mas parecia garito de ladron que aposento de estudiante;

porque en él no habia mas que envoltorios de sogas, espadas de esgrima, martillos, barrenos y estacas. Di en hurtar al Rector y Colegiales las frutas, los chorizos y otros repuestos comestibles que guardaban en la despensa y en sus quartos. Gracias á Dios que me contuve en ser ratero de estas golosinas, porque los deseos de enredar, reir y burlarme eran desesperados; que fue providencia del Cielo no acabar en vicio exêcrable lo que empezó por huelga tolerada. Las trazas, las ideas y las invenciones de que yo usé para hacer estos hurtillos y abrir las puertas para huir de la sujecion y la clausura no las quiero declarar, porque el manifestarlas mas seria proponer vicios que imitasen los lectores incautos, que referir pueriles travesuras. Lo que puedo asegurar es que

que en las vidas de Dominico Carturo, Pedro Ponce y otros ahorcados no se cuentan ardides ni mañas tan extravagantes, ni tan risibles como las que inventaba mi ociosidad y mi malicia. En la memoria de mis coetaneos duran todavia muchos sucesos que se recuerdan muchas veces en sus tertulias. El que los quisiere saber acuda á sus noticias, que las relaciones pasageras de una conversacion no dexan tan perniciosos deseos en los espíritus como las que introducen las hojas de un impreso.

Acompañábanme á estas picardigüelas unos amigos forasteros y un confidente de mi propio paño, tan revoltosos, maniáticos y atrevidos los unos como los otros. Callo sus nombres, porque ya estan tan emendados que los unos se sacrificaran á ser Obispos y otros á

Con-

Consejeros de Castilla, y no les puede hacer buena sombra la crianza que tuvieron conmigo treinta años ha. En todo quanto tenia ayre de locura, desquaderno y disolucion ridícula nos hallábamos siempre muy unidos, prontos, alegres y conformes. Hicimos compañia con los toreros; y amadrigados con esta buena gente fuimos indefectibles alegradores en las novilladas y torerias, que son freqüentes en las aldeas de Salamanca. Profesé de xácaro, y me hice al trage, al idioma y á la usanza de la picaresca con tal conformidad, que mas parecia hijo de Pedro Arnedo que de Pedro de Torres. Para todos los desconciertos de los que siguen tan licenciosa y ayrada vida tuve disposiciones en mi genio y en mi salud: y menos el vino (que hasta ahora no

lo

lo he probado) y el tabaco de hoja, todos los demas vicios que componen un desvergonzado gifero los miraba y padecia en el último grado de la disolucion. Pasaba en el desorden de los viages y en el matadero muchos dias; y por la noche era el primer convidado á los bayles, los saraos y las bodas de todas castas. Entretenia á los circunstantes con la variedad de muchas bufonadas y tonterias, que se dicen vulgarmente habilidades, y aventajaba en ellas á quantos concurrian en aquellos tiempos al reclamo de tales holgorios y funciones. Disfrazábame treinta veces en una noche, ya de vieja, de borracho, de amolador frances, de sastre, de sacristan, de sopon, y me revolvia en los primeros trapos que encontraba que tuviesen alguna similitud á estas figuras. Represen-

taba varios versos que yo componia á este propósito, y arremedaba con propiedad ridículamente extraordinaria los modos, locuciones y movimientos de estas y otras risibles y extravagantes piezas. Tenia bolsa de titiritero, y jugaba con prontitud y disimulado las pelotillas, los cubiletes y los demas trastos de embobar los concursos. Acompañaba con la guitarra un gran caudal de tonadillas graciosas y singulares, y danzaba con ligereza y con ayre toda la escuela española, ya con la castañeta, ya con la guitarra, ya con la espada y el broquel, dando sobre estos trastos variedad y multitud de vueltas que no me pudo imitar ninguno de los mancebos que andaban entonces en la maroma de las locuras, deseosos de parecer bien con estas gracias, habilidades ó des-

desenfados. Finalmente yo olvidé la Gramática, las Súmulas, los miserables elementos de la Lógica que aprendí á trompicones, mucho de la Doctrina Christiana, y todo el pudor y encogimiento de mi crianza; pero salí gran danzante, buen toreador, mediano músico, y refinado y atrevido truhan.

Revuelto en estas malas costumbres y distracciones gasté cinco años en el Colegio, y al fin de ellos volví á la casa de mis padres. Un mes poco mas estuve en ella mal contento con la sujecion, atemorizado del respeto, y escasamente corregido; pero á pesar de los gritos que me daban mis camaradas, y de los llamamientos de mis inclinaciones traviesas, vivia mas contenido y retirado. Leia por engañar al tiempo y entretener la opresion tal qual librillo de los que

por

por inútiles se habian quedado del remate y desbarato de la tienda de mis padres; y especialmente me deleytó con embeleso indecible un tratado de la Esfera, del Padre Clavio, que creo fue la primera noticia que habia llegado á mis oidos de que habia ciencias matemáticas en el mundo. Algunas veces, á hurtadillas de la vigilancia de mis padres y de mi obediencia, hice algunas salidas y escapatorias, que se ordenaban á comer las cazuelas y cubiletes de las pastelerias, á hurtar las copiosas cenas de la Capilla de Santa Bárbara, á introducirme con mis amigotes en las casas de qualquiera de los barrios extraviados donde sonaba el panderillo ó la guitarra, y á hacer burlas, embelecos y bufonadas con todo género de gentes y personas. Desde este tiempo toma-

con tal miedo á estos hurtos, y tan soberbio temor á los palos y pedradas que se levantaban entre hurtados y ladrones, que los graduados y ministros de la Universidad, por acuerdo suyo, repartian las cenas á las tres de la tarde, quedándose solo con los huevos, el gigote y la ensalada, para cumplir con la ceremonia y el hambre de la noche. Omito el referir y particularizar las trazas y espantajos de que nos valiamos para lograr las presas, por no hacer mas prolixa esta historia, y por no recordar con las relaciones los sentimientos y los enojos de muchos que hoy viven de los que padecieron tan pesadas burlas. Parecíale á mi espíritu que eran pocas y muy llenas de susto las libertades que se tomaba mi industria escandalosa, aprovechándose del sueño,

ño, el descuido y las ocupaciones de mi padre; y traté en mi interior de entregarme á todas las anchuras y correrías á que continuamente estaba anhelando mi altanero apetito. Precipitado de mis imaginaciones una tarde que salieron al campo mis padres y hermanas, y quedé yo en casa apoderado de los pocos ajuares de ella, tomé una camisa, el pan que pudo caber debaxo del brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que estaban destinados para las prevenciones del dia siguiente; y sin pensar en paradero, vereda ni destino, me entregué á la majaderia de mis deseos, y á la necedad de la que llaman buena ventura; y una y otra, acompañadas de la soltura de mis pies, me pusieron aquella noche en Calzada de Don Diego. Tomé posada en las gavi-

llas

llas de las eras: tumbado entre las pajas empecé á sacar pellizcos á la provision que llevaba en la maleta de mi sobaco, y con el pan en la boca me agarró un sueño apacible y dilatado. Dormí hasta que el sol me caldeó los hocicos con alguna aspereza, y desperté arrepentido de haber dexado la acomodada pobreza de la casa de mis padres por la cierta desgracia del que camina sin conocimiento y sin dinero. Estuve un breve rato, mientras me sacudia de las pajas, lidiando contra las razones y los aciertos de volverme; pero quedé vencido, ó del temor á las reprehensiones que se me proponian, ó de los consejos de mi bribon apetito; y rompiendo por los trabajos, calamidades y miserias que me pintó de repente la consideracion de mi cortedad y poca industria para

buscar la comida, me encaminé á Portugal, sin proponérseme descanso, parada ni oficio á que me habia de poner.

Entré por Almeida, y por el camino iba discurriendo parar en Braga, en donde residia un paysano, en cuya franqueza ya libraba mi antojo el sustento, el ocio y la diversion. Pasada la *Ponte de Coba* encontré á un ermitaño, que habia algunos años que rodaba por aquel pedazo de tierra que llaman los Portugueses *Detras de os montes*; y oliéndome este en la conversacion que emprendimos, y en los humos de mi bagage, que yo iba, como suelen decir, á buscar la vida, me convidó con las solicitudes y mañas que él habia encontrado para sostener la suya. Propúsome el descanso, quietud, libertad y provechos de la tablilla, la indepen-

dencia de las gentes y peligros del mundo; los intereses y seguridades de la soledad y el retiro: y sus ponderaciones, y unos trozos de pernil que se asomaban por las roturas de una alforja que llevaba su borrico, me arrastraron á probar la vida de santero. A ratos espoleando arena, y á veces subido sobre el burro, caminaba yo con mi nuevo y primero amo ácia las cuestas de Mundin, donde me dixo que tenia su habitacion, y no lejos de ella la Ermita que cuidaba. Era el ermitaño un hombre devoto, de buen juicio, desengañado, discreto, humilde, de corazon arrogante y liberal, y de un espíritu tan valiente que nunca vió al miedo, ni entre la multitud, ni entre la soledad, ni entre las relaciones ni los asombros. Fue en Barcelona Guarda Mayor, y Adminis-

trador de Rentas Reales, y fue el hombre temido entre las asperezas de Cataluña por su valor, su cortesia y su buen modo. Retiráronlo del bullicio del mundo las tiranias de una ingratitud; y cuerdamente piadoso consigo, temiendo las continuaciones y las cautelosas asechanzas que le habia empezado á poner la fortuna para derribarlo, se ocultó de sus reveses en las olvidadas situaciones del despoblado. Libraba el sustento á los trabajos de su demanda; y ganaba el pan con escasa fatiga y dichosa recreacion. Los ratos que le sobraban despues de buscar el alimento los lograba rezando, leyendo y meditando con despejada ternura, devota y atenta alegria. Veneráhanle en todos los pueblos vecinos con honrados aprecios, porque ademas de no ser enfadoso como

los

los regulares demandantes, ni pedigüeño importuno, sino un pobre garbosísimo y desinteresado, era cortesanamente apacible, y muy gracioso en la conversacion, la que seguia en qualquiera asunto de los civiles limpia de adulaciones, hipocresias, embustes y necias lisonjas. Estuvo aprovechando la vida algunos años este venerable hombre en la quietud de la soledad, hasta que lo sacó de ella una carestia y hambre comun en aquellos paises, á la que se siguió la pestilencia y la muerte de muchas personas y ganados. Llegó á guarecerse á Salamanca, en donde tuve la honra y el gusto de verle segunda vez, y él el consuelo de encontrarme menos loco, mas acomodado, y viviendo con alguna honra en el pueblo donde nací. Viéndole viejo, fatigado, é

inutil para proseguir los afanes de la demanda, le rogué que se quedase hasta morir en mi casa; y habiendo aceptado un breve rincon de ella para su retiro, lo llamó Dios á otro apartamiento mas conforme, mas santo, y mas oportuno para su costumbre y devocion. Llámase este humildísimo hombre Don Juan del Valle; vive hoy, y asiste en la Porteria de San Cayetano de Salamanca, en donde sirve de exemplo y alegria á quántos ven su afable y devoto rostro. Los Padres de este observantísimo Colegio le aman, conocen y tratan con respeto cariñoso. Vive contentísimo porque le dan la comida y el entierro. No ha querido recibir nunca dineros, ni mas alhajas que alguna chupa, capa ó calzones viejos, quando ha tenido gran necesidad de cubrirse.

Yo

Yo le guardo un amor paternal y una reverencia respetosa, sin atreverme á hacerle mas ruegos que los que le encargo de que me encomiende á Dios.

Llegamos á la Ermita, y sacando de un arcon un saco viejo, capilla y alpargatas, mandó que lo trocase por mi ropa, lo que hice prontamente, y la guardó en el mismo parage donde habia sacado los atavios de santero. Me encargó las obligaciones de atizar la lámpara, barrer la Ermita, y cuidar del borrico: dióme un par de desengaños y muchos consejos, los que remató con la saetilla de haz aquello que quisieras haber hecho quando mueras, y quedé una fantasma de Beato tan propia, que me podia equivocar con el mas pajizo Padre del Yermo. Cobré con su presencia el rubor y la hu-

mildad que habian arrojado de mi corazon los malos exemplos y mis cavilaciones. A su vista respiraba cobarde, confundido y respetoso. Le amaba, y le temia con especial inclinacion y cuidado. Trabajaba con gusto, y deseaba dárselo con todas mis operaciones y trabajos. Los ratos que me dexaban libres la lámpara, la escoba y el borrico los entretenia leyendo varios libros devotos, que repasaba muy á menudo mi padre ermitaño; y en estos oficios permanecí quatro meses, sin haberme disgustado ni los recuerdos de mis travesuras, ni la mudanza de mis libertades á estas solitarias opresiones. Agradábale con mis correspondencias, y satisfecho de mi conducta me enviaba á la recaudacion de las limosnas mensuales con que le socorrian algunas personas aficionadas á la

Er-

Ermita y al ermitaño. Tratábame con mucho amor, y con total confianza; y ambos viviamos contentos, pagados y dichosos, porque el trabajo no era mucho, la diversion bastante, la comida mas que moderada, y el descanso regular; porque la noche toda la pasábamos en quietud y suspension, sin más fatiga que leer ó rezar dos horas, y dormir seis ó siete. Toda la reparacion de mi vida, y la cobranza de mis perdidos talentos, habia encontrado en la presencia, en el trato y exemplares acciones de este desengañado varon, y todo me lo volvió á quitar mi desdicha, mi flaqueza y mi poco juicio. Descuidóse en relinchar un poco mi juventud en una ocasion que habian venido á visitar el Santuario unas familias Portuguesas, estando ausente mi amo y mi maestro; y me-

dro-

droso de que descubriese la incontinencia de unas licenciosas, indiferentes y equívocas palabras que le solté á una muchachuela que venia en la tropa, traté de huir de la aspereza con que ya me presumia reñido de la cordura de mi maestro, y castigado del terrible rigor con que me pintaba á su semblante mi conocimiento, mi delito, y su prudente queja: y antes que se restituyese á la Ermita saqué mi ropa del arcon donde estaba depositada, y dexando el reverendo saco, marché acelerado con los temores de que no me encontrase en el camino de Coimbra, adonde me prometian mis ignorancias y antojos alegre paradero.

Sin el susto del encuentro que temia, y sin haber padecido mas descomodidades que las que por fuerza ha de pasar el que camina

á

á pie y sin dinero, llegué á la celebérrima Universidad de Coimbra. Presenté á mi persona en los sitios mas acompañados del pueblo; y ensartándome en las conversaciones persuadí en ellas que yo era Chîmico, y mi primer exercicio el de maestro de danzar en Castilla. Contaba mil felicidades de mis aplicaciones en una y otra facultad. Mentia á borbollones, y la distancia de los sucesos, mi disimulo y las buenas tragaderas de los que me oian hicieron creibles y recomendables mis embustes. Confiado en las lecciones que habia tomado en Salamanca del arte de danzar, y en unas recetas desparramadas de un Médico Frances que tenia en la memoria, me vendí por experimentado en uno y otro arte.

El ansia de ver el hombre nuevo (que es general en todas gentes

y

y naciones) me juntó alegres discípulos, desesperados enfermos, y un millon de aclamaciones necias, hijas de la sencillez, de la ignorancia y del atropellamiento de la novedad. Yo sembraba unturas, plantaba xarabes, ingeria cerotes, y rociaba con toda el agua y los aceytes de mi recetario á los crónicos, hipocondriacos y otros enfermos impertinentes, raros, y quasi incurables. Recogia el mismo fruto que los demas Doctores sabios, afortunados y estudiosos, que era la propina, el crédito, la estimacion, el aplauso y todos los bienes é inciensos que les da la inocencia y la esperanza de la sanidad. En orden á los sucesos tuve mejor ventura, ó mas seguro modo para lograrlos favorables que el Hypócrates, porque á este y quantos siguieron y siguen sus aforismos

mes y lecciones se le murieron muchos de los que curaban, otros salian á puerto, y otros se quedaban con los achaques: de mis emplastados y ungidos ninguno se murió, porque las recetas no tenian virtud para sanar ni para hacer daño: algunos sanaban con la providencia de la naturaleza, y á los mas se les quedaba en el cuerpo el mal y la medicina, y la aprehension les hacia creer algun alivio. Fuí, no obstante mi necesidad, mi arrojo é ignorancia, un empírico considerado, y mas prudente que lo que se podia esperar de mi cabeza y mis pocos años; porque no me metí con enfermo alguno de los agudos, ni tuve el atrevimiento de administrar purgantes, ni abonar ni maldecir las sangrias. Bien penetraba mi poca Filosofia lo peligroso de estos, y

lo

lo poco importante de mis apósitos; y con esta seguridad y conocimiento viviamos, todos mis dolientes con sus achaques, y yo con sus alabanzas y dineros.

En la danza tambien tuve que trabajar; pero en esta con mas satisfaccion, y sin ningun peligro, porque era mas diestro en los compases que los Médicos en sus curaciones, y vivia fuera de las congojas de que me capitulasen de necio en el exercicio. A pocos dias era ya la celebridad y conversacion de los melancólicos, los desocupados y noveleros: y con sus solicitudes y aprehensiones arribé á juntar algunas monedas de oro, buenas camisas, y un par de vestidos que me engalanaban, y prometian mi poco seso. La ridícula historia de unos indiscretos zelos de un destemplado Portugues, cu-

ya infame sospecha es digna de que se quede enterrada en el silencio y el olvido, me obligó á dexar á Coimbra, y tomar seguridad en la Ciudad de Oporto, adonde me mantuve gastando en figura de caballero lo que habia ganado en ocho meses á hacer cabriolas con los pies y las manos.

Aunque procuraba gastar el dinero con alguna dieta, llegó el caso de aniquilarse mi caudal, y de verme en la congoja de elegir nuevo camino para buscar la vida, con la que andaba de perdicion en perdicion. No discurria en vereda en que no contemplase mil estorbos, enfados, opresiones y descomodidades; y pareciéndome mas libre y mas holgona la de soldado, asenté plaza en el Regimiento de los Ultramarinos, en la Compañia de Don Eclix de Sousa. Pagáronme

ra-

razonablemente la entrada; tomó un Sargento las señas de mi figura con distincion bastante y menudencia, y le dixe que mi nombre era Gabriel Gilberto, y con este fingimiento corrí la temporada que anduve vestido con la librea verde. El miedo á los palos, á las baquetas, al potro y á los demas castigos con que se reprehenden las faltas menudas en la milicia, me hizo cumplir exâctamente con las obligaciones de soldado. Queríame mucho mi Capitan, y yo le pagaba el cariño con singular respeto y pronta asistencia á quanto se le ofrecia. Trece meses estuve bastantemente gustoso en este exercicio, y me parece que hubiera continuado esta honrada carrera si no me hubieran arrancado del camino las persuasiones de unos toreros hijos de Salamanca, que pasaron á Lis-

Lisboa á torear en unas Fiestas Reales que se hicieron en aquella Corte. Facilitaron los medios de la desercion disfrazándome con la xaquetilla, el sombrero á la chamberga, y los demas arneses de la bribia: yo consentí, porque aunque vivia gustoso, deseaba ver á mis padres y los muros de mi patria. En el Convento de San Francisco de Lisboa me despojé del uniforme; y vestido con las sobras de un torero llamado Manuel Felipe, me enquaderné en la tropa, y juntos todos tomamos el camino de Castilla, sin habernos sucedido acaso alguno digno de ponerse en esta relacion. Al paso que me iba acercando á Salamanca iba creciendo en mi corazon el miedo y la vergüenza, y otros embarazos que me dificultaban la entrada á la casa y la vista de mis padres. Nunca

me resolví á que me viesen con la gentecilla con quien venia incorporado; y fingiendo con mis camaradas que tenia precision de detenerme algunas semanas en Ciudad-Rodrigo, me dexaron como á una legua distante de Valde la Mula, libre del riesgo que amenazaba á mi vida si me mantuviera en las posesiones de Portugal. Entré en Ciudad-Rodrigo, y me volví á la ropa de estudiante, prestándome por entonces, en la confianza de que lo pagarian mis padres, Don Juan de Montalvo lo que era oportuno para ponerme delante de gentes de razon. Escribí á Salamanca á varios intercesores para que templasen el justo enojo de mis padres, y les persuadiesen lo desengañado que volvia de mis aventuras y delirios; y el amor, la necesidad, y la consideracion de

los

los peligros á que me volveria á arrojar, y los ruegos de los interlocutores me facilitaron con suavidad y con dulzura su cariño y acogimiento. Recibiéronme gustosos; yo me eché á sus pies avergonzado y con propósitos de no darles mas pesadumbres, y juré nuevamente mi obediencia. Las raras gentes que traté en las ridículas aventuras de chîmico, soldado, santero y maestro de danza, el crecimiento de los años y la mayor edad, de la razon me pasmaron un poco el orgullo, de modo que ya tomaba algun asco á las desenvolturas y libertades que habia aprendido en la escuela de mi ociosidad y en las maestrias de mis amigotes. Ya conocia yo que iban faltando de mi cerebro muchas de aquellas cavilaciones y delirios que me aguijoneaban á los disparates

y los despropósitos. Desamparado, pues, mi seso de algunas turbaciones, y libre del mal exemplo de mis compatriotas (que ya faltaban todos de Salamanca), empecé una vida mas segura y menos rodeada de enredos, bufonadas y desvergüenzas. No fuí bueno; pero á ratos disimulaba mis malicias. No dexé de ser muchacho; pero ya era un mozo mas tolerable, y menos aborrecido de las gentes de buena crianza. Era atento y cortesano exquisitamente con los mayores y los iguales, y con esta diligencia y la de mi serenidad fuí ganando el cariño de los que antes me aborrecian con razon y con extremo. Con estas disposiciones volví de Portugal á mi patria: las aventuras que fueron sucediendo á mi vida las verá el que leyere ú oyere el tercer trozo que se sigue.

Tro-

Trozo tercero de la vida é historia de Don Diego de Torres: empieza desde los veinte años, poco mas ó menos, hasta los treinta, sobre meses menos ó mas.

Por desarmar de las maldiciones, de los apodos y las chufletas con que han acostumbrado morder los satíricos de estos tiempos á quantos ponen alguna obra en el público; por encubrir con un desprecio fingido y negociante mi entonada soberbia; por burlarme sin escrúpulo y con sosiego descansado de la enemistad de algunos envidiosos carcomidos; y por reirme finalmente de mí propio y de los que regañan por lo que no les toca ni les tañe, puse en mi cuerpo y en mi espíritu las horribles tachas y ridículas deformidades que se

pueden notar en varios trozos de mis vulgarísimos impresos. Muchas torpezas y monstruosidades estan dichas con verdad, especialmente las que he declarado para manifestar el genio de mis humores y potencias; pero las corcobas, los chichones, tiznes, mugres y lagañas que he plantado en mi figura, las más son sobrepuestas y mentirosas; porque me ha dado la piedad de Dios una estatura algo mas que mediana, una humanidad razonable, y una carne sólida, magra, enxuta, colorada, y extendida con igualdad y proporcion, la que podia haber mantenido fresca mas veranos que los que espero vivir, si no la hubieran corrompido los pestilentes ayres de mis locuras y malas costumbres. Pues para que sea verdad quanto se vea en esta historia (que hoy tiene tantos tes-

tigos como vivientes), pondré en este pedazo de mi vida la verdadera facha antes de proseguir con las revelaciones de mis sucesos, acasos y aventuras. Pintaréme como aparezco hoy, para que el que lea rebaxe, añada y discurra como estaria á los veinte años de mi edad. Yo tengo dos varas y siete dedos de persona; los miembros que la abultan y componen tienen una simetria sin reprehension: la piel del rostro está llena, aunque ya me van asomando ácia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no hay en él colorido enfadoso, pecas, ni otros manchones desmayados. El cabello (á pesar de mis quarenta y seis años) todavia es rubio; alguna cana suele salir á acusarme lo viejo, pero yo las procuro echar fuera. Los ojos son azules, pequeños, y re-

tirados ácia el colodrillo. Las cejas y la barba bien rebutidas de un pelambre alazan, algo mas pajizo que el bermejo de la cabeza. La nariz es el solecismo mas reprehensible que tengo en mi rostro, porque es muy caudalosa y abierta de faldones, remata sobre la mandíbula superior en figura de coroza, apaga humos de Iglesia, rabadilla de pavo ó cubilete titiritero; pero, gracias á Dios, no tienen trompicones, ni caballete, ni otras señales farisáicas. Los labios frescos, sin humedad exterior, partidos sin miseria, y rasgados con rectitud. Los dientes cabales, bien cultivados, estrechamente unidos, y libres del sarro, el escorbuto y otros asquerosos pegotes. El pie, la pierna y la mano son correspondientes á la magnitud de mi cuerpo; este se va ya torcien-

do ácia la tierra, y ha empezado á descubrir un semicírculo á los costillares, que los maldicientes llaman corcoba. Soy todo junto un hombron alto, picante en seco, blanco, rubio, con mas catadura de Aleman que de Castellano ó Estremeño. Para los bien hablados soy bien parecido; pero los marcadores de estaturas dicen que soy largo con demasia, algo tartamudo de movimientos, y un si es no es derrengado de portante. Mirado á distancia parezco melancólico de fisonomia, aturdido de facciones, y triste de guiñaduras; pero exâminado en la conversacion soy generalmente risueño, humilde y afectuoso con los superiores, agradable y entretenido con los inferiores, y un poco libre y desvergonzado con los iguales. El vestido (que es parte esencialísima para

ra la similitud de los retratos) es negro, y medianamente costoso; de manera que ni pica en la profanidad escandalosa, ni se mete en la estrechez de la hipocresia puerca y refinada. El paño primero de Segovia, alguna añadidura de tafetan en el verano, y terciopelo en el invierno, han sido las frequentes telas con que he arropado mi desvaido corpanchon. El corte de mi ropa es el que introduce la novedad, el que abraza el uso y antojo de las gentes, y lo mas cierto, el que quiere el sastre. Guardo en la figura de Abate Romano la ley de la reforma Clerical, menos en los actos de mis escuelas, que allí me aparezco con los demas Catones envaynado en el bonete y la sotana, que son los apatuscos de Doctor, las añadiduras de la ciencia, y la cobertera de la ignorancia.

cia. A diligencias de los criados voy limpio por defuera, y con los melindres de mis hermanas por de dentro; porque á pesar de mi pereza y mi descuido me hacen remudar el camison todos los dias. Llevo á ratos todos los cascabeles y campanillas que cuelgan de sus personas los galanes, los ricos, y los aficionados á su vanidad: relox de oro con sus borlones, que van besando la ingle derecha, sortijon de diamantes, caxa de irregular materia, con tabaco escogido, sombrero de Inglaterra, medias de Olanda, hebillas de Flandes, y otros géneros que por gritones y raros publican la prolixidad, la locura, el antojo, el uso y el aseo. Mezclado entre los Duques y los Arcedianos, ninguno me distinguirá de ellos, ni le pasará por la imaginacion que soy astrólogo, ni

que

que soy el Torres que anda en esos libros siendo la irrision y el mojarrilla de las gentes. He sido el espanto y la incredulidad de los que buscan y desean conocer mi figura; porque los mas pensaban encontrarse con un escolar monstruoso, viejo, torcido, jorobado, cubierto de cerdones, rodeado de una piel de camello, ó mal metido en alguna albarda, como hábito propio de mi brutalidad. Este soy en Dios y en mi conciencia; y por esta copia, y la similitud que tiene mi gesto con la cara del mamarracho que se imprime en la primera hoja de mis almanaques, me entresacará el mas rudo, aunque me vea entre un millon de hijos de Madrid.

El genio, el natural, ó este duende invisible (llámese como quisieren) por cuyas burlas, acciones y movimientos rastreamos algun po-

poco de las almas, anda copiado con mas verdad en mis papeles, ya porque cuidadosamente he declarado mis defectos; ya porque á hurtadillas de mi vigilancia se han salido arrebujados entre las expresiones, las bachillerias y las incontinencias, muchos pensamientos y palabras que han descubierto las manias de mi propension y los delirios de mi voluntad. Desmembrado y escasamente repartido se encuentra en algunas planas el cuerpo de mi espíritu; y para cumplir con el asunto que me he tomado juntaré en breves párrafos algunas señas de mi interior, para que me vea todo junto el que quisiere quedar informado de lo que soy por dentro y por fuera. Tengo, como todos los hijos de Adan, hígado, bazo, corazon, tripas, hipocondrios, mesenterio, y toda la ca-

ter-

terva de rincones y escondrijos que asegura y demuestra la docta Anatomia. Estos son (segun aseguran los filósofos naturales) los nidos y las chozas donde se esconden y retiran los apetitos revoltosos, los afectos inescrutables, y las pasiones altaneras y porfiadas. Dicen que habitan en estas interiores cavernas de la humanidad; y lo benigno, lo furioso, lo dócil y lo destemplado lo arguyen de la disposicion, textura, qualidad y temperamento de la parte. La pintura es galana, vistosa, y posible; pero yo no sé si es verdadera. Lo cierto es que salga del hígado, del bazo ó del corazon, yo tengo ira, miedo, piedad, alegria, tristeza, codicia, largueza, furia, mansedumbre, y todos los buenos y malos afectos, y loables y reprehensibles exercicios que se pueden encontrar

en

en todos los hombres juntos y separados. Yo he probado todos los vicios y todas las virtudes, y en un mismo dia me siento con inclinacion á llorar y á reir, á dar y á retener, á holgar y á padecer; y siempre ignoro la causa y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios he oido llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado mas ó menos, porque en todos he advertido esta impensada y repetida alteracion. A la mayor ó menor altura de los afectos, y á la mas furiosa ó sosegada expresion de las pasiones llaman genio, natural ó crianza la mayor parte de la comunidad de las gentes; y si el mio se ha de conocer por las mas repetidas exâltaciones del ánimo, aquí las pondré con la verdad que las exâmino, apartando por este

breve rato el sonrojo que se va viniendo á mi semblante.

Soy regularmente apacible, de trato sosegado, humilde con los superiores, afable con los pequeños, y las mas veces desahogado con los iguales. En las conversaciones hablo poco, quedo y moderado, y nunca tuve valor para meterme á gracioso, aunque he sentido bullir en mi cabeza los equívocos, los apodos, y otras sales con que sazonan los mas políticos sus pláticas. Hállome felizmente gustoso entre toda especie, sexô y destino de personas; solo me enfadan los embusteros, los presumidos y los porfiados; huyo de ellos luego que los descubro, con que paso generalmente la vida dichosamente entretenido. Tal qual resentimiento padece el ánimo en las precisas concurrencias, donde

son

son inexcusables los pelmazos, los tontos, y otras mezclas de majaderos que se tropiezan en el concurso mas escogido; pero este es mal de muchos, y consuelo mio: sufro sus disparates con conformidad y tolerancia, y me vengo de sus desatinos con la pena que presumo que les darán mis desconciertos. Soy docil y manejable en un grado vicioso y reprehensible, porque hago y concurro á quanto me mandan, sin exâminar los peligros, ni las resultas infelices; pero bien lo he pagado, porque las congojas y desazones que he padecido en este mundo no me las han dado mis émulos, mis enemigos, ni la mala fortuna, sino es mi docilidad y mi franqueza. Mi dinero, mis súplicas, mi representacion, tal qual es, mi casa y mis ajuares los he franqueado á todos, sin exceptuar

á mis desafectos. Lo mas de mi vida, ya en los pasages de mis venturas, y ya en las avenidas de mis abatimientos, la he pasado comiendo á costa agena, huesped honrado, y querido en las primeras casas del Reyno; y pudiendo ser rico con estos ahorros y las producciones de mis tareas, siempre andan iguales los gastos y las ganancias. He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos y petardistas mas de quarenta mil ducados que me han puesto en casa mis afortunados disparates. En veinte años de escritor he percibido á mas de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias á Dios, sin tener á la hora que esto escribo mas repuestos que algunos veinte doblones que guardará mi madre, que ha sido siempre la tesorera y repartidora de mis trabajos y cau-

dales. Si á algun envidiosillo ó mal contento de mis fortunas le parece mentira ó exâgeracion esta ganancia véngase á mí, que le mostraré las cuentas de Juan de Moya, y las de los demas libreros, que todavia exîsten ellas, y vivo yo y mis administradores. Es público, notorio y demostrable mi desinterés, tanto que ha tocado en perdicion, desorden y majaderia. He trabajado de valde, y con continuacion, para muchos que han hecho su fama y su negocio con los desperdicios de mis fatigas. Habiendo sido el número de mis tareas bastantemente copioso, son mas las que estan en la lista de las regaladas que en la de las vendidas. Sobre el caudal de mis pronósticos y mis necedades ha tenido letra abierta el mas retirado de mi amistad y el mas extraño de mi conocimiento. El dicho Moya,

que es el depositario de mis mercadurias y disparates, jurará que le tengo dada orden para que no recatee mis papeles, y que los dé graciosamente al que llegare á su tienda, sin mas recomendacion que la de una buena capa. Siendo (como diré mas adelante, ademas de lo dicho) el escritor mas desdichado y pobre de esta era, me he conducido en las ciento y veinte dedicatorias, que se pueden ver en mis librillos, con bizarria tan gloriosa, que he desmentido los créditos de petardo con que regularmente se miran estos cultos. Nunca miré á mas fines ni á mas esperanzas que al agradecimiento, la veneracion y el adorno de la obra. Al tiempo que expresaba mis rendimientos escondia mi persona; y las mas veces dedicaba á los héroes mas elevados, á los ausentes, ó á quien yo con-

contemplaba que estuviese muy fuera de la retribucion; y que la ausencia ó el retiro dificultasen las comunes satisfacciones. Mis deseos y mis sacrificios fueron siempre puros, atentos, cortesanos, y libres de las infecciones del interes mecánico y la lisonja abominable. Hé puesto esta menudencia impertinente para que se sepa que no tengo todas las condiciones de mal autor, pues me falta la codicia con que muchos se sujetan á hacer las obras, confiados alegremente en que el héroe á quien dedican les ha de pagar á lo menos la impresion; y estos no cortejan, que roban. Hablo gordo, y entre los que mentratan y conocen. Grite ahora el satírico que quisiere, ponga los manchones que le elija su rabiosa infidelidad á mi pobreza y mi desasimiento, que aquí estoy yo, que sabré limpiar-

piarme, y desmentirle con mis operaciones y los testigos mas memorables de la España.

Trato á mis criados como á compañeros y amigos; y al paso que los quiero me estoy lastimando de que los haya hecho la fortuna la mala obra de tener que servirme. Jamas he despedido á ninguno; los pocos que me han acompañado, ó murieron en mi casa, ó han salido de ella con doctrina, oficio y conveniencia. Los actuales que me asisten no me han oido reñir, ni á ellos ni á otro de los familiares; y el mas moderno tiene ocho años de mi compañia. Todos comemos de un mismo guisado y de un mismo pan; nos arropamos en una misma tienda; y mi vestido, ni en la figura, ni en la materia se distingue de los que yo les doy. El que anda mas cerca de mí es un negro sen-

ci-

cillo, cándido, de buena ley, y de inocentes costumbres: á este le pongo mas de punta en blanco, porque en su color y su destino no son reparables las extravagancias de la ropa: yo me entretengo en bordar y en ingreir sus vestidos, y logro que lo vean galan, y á mí ocupado. Ni á este ni á los demas los entretengo en las prolixidades y servidumbres que mas autorizan la vanidad que la conveniencia; y aun siendo costumbre por acá entre los amos de mi caracter y grado llevar á la cola un sirviente en el trage de escolar, en ningun tiempo he querido que vayan á la rastra. Yo me llevo y me traigo solo donde he menester: me visto y me desnudo sin edecanes: escribo y leo sin amanuenses ni lectores: sirvo mas que mando: lo que puedo hacer por mí no lo encargo á nadie;

y finalmente yo me siento mejor y mas acomodado conmigo que con otro. Si este es buen modo de criar sirvientes, ó de portarse como servidos, ni lo disputo, ni lo propongo, ni lo niego; yo digo lo que pasa por mí, que es lo que he prometido, y lo demas revuélvanlo los críticos como les parezca.

La valentia del corazon, la quietud del espíritu, y la serenidad de ánimo que gozo muchos años ha es la única parte que se le puede envidiar á mi naturaleza, mi genio ó mi crianza. De niño tuve algun temor á los cuentos espantosos, á las novelas horribles, y á las freqüentes invenciones con que se estremecen y se espantan las credulidades de la puerilidad, y los engaños de la juventud y la vejez; pero ya ni me asustan los calavernarios, ni me atemorizan los difun-

funtos, ni me produce la menor tristeza la posibilidad de sus apariciones. Crea el que lee que segun sosiega la tranquilidad de mi espíritu sospecho que no me inquietaria mucho ver ahora delante de mí á todo el Purgatorio. Este valor (que mas parece desesperado despecho) aseguro que es hijo de una resignacion christiana, pues siendo Dios el único dueño de mi vida, sé que estoy debaxo de sus disposiciones y providencias, y es imposible rebelarme á sus decretos: para el dia que determine llamarme á juicio estoy disponiendo, con su ayuda, mi conformidad, y no me acongoja que el aviso sea á palos, á pedradas, á médicos, á cólicos ó difuntos: sea como su Magestad fuere servido, que á todo estoy pronto y resignado. Por la soledad, la noche, el campo y las cruxias me-

lan-

lancólicas me paseo sin el menor rezelo, y nunca se me han puesto delante aquellas fantasmas que suele levantar en estos sitios la imaginacion corrompida, ó el ocio y el silencio, grandes artífices de estas fábricas de humo y ventolera. Las brujas, las hechiceras, los duendes, los espiritados, y sus relaciones, historias y chistes me arrullan, me entretienen, y me sacan al semblante una burlona risa en vez de introducirme el miedo y el espanto. Varias veces he proferido en las conversaciones que traigo siempre en mi bolsillo un doblon de á ocho, que en esta era vale mas de trescientos reales, para dárselo á quien me quiera hechizar, ó regalársele á una bruja, á una espiritada que yo exâmine, ó al que me quisiere meter en una casa donde habite un duende; me he convidado á vivir en ella sin mas pre-

premio que el ahorro de los alquileres, y hasta ahora he pagado las que he vivido; y discurro que mi doblon me servirá para Misas, porque ya creo que me he de morir sin verme hechizado ni sorbido. Yo me burlo de todas estas especies de gentes, espíritus y maleficios; pero no las niego absolutamente: las travesuras que he oido á los historiadores crédulos de mi tiempo todas han salido embustes: yo no he visto nada, y he andado á monteria de brujos, duendes y hechiceros lo mas de mi vida. Algo habrá: sea enhorabuena, y haya lo que hubiere: para que no me coja el miedo le sobra á mi espíritu la contemplacion de lo raro, lo mentiroso de las noticias, y la esperanza de que no he de ser tan desgraciado que me toque á mí la mala ventura y el mochuelo; y quan-

quando sea tan infeliz que me pille el golpe de alguna de las dichas desgracias me encaramo en mi resignacion católica, y mientras llega el talegazo me rio de todos los chismes y patrañas que andan en la boca de los crédulos y medrosos, y en la persuasion de algunos que comercian con este género de drogas. Tengo presente al Torre Blanca, al Padre Martin del Rio en sus Desquisiciones Mágicas, y muy en la memoria los Actos de Fe que se han celebrado en los Santos Tribunales de la Inquisicion, en los que regularmente se castigan mas majaderos, tontos y delinqüentes en el primer Mandamiento de la Ley de Dios, que brujos y hechiceros: y venero los conjuros con que la Santa Madre Iglesia espanta y castiga á los diablos y los espíritus, y todo me sirve para creer algo, dis-

pu-

putar poco, y no temer nada.

En el gremio de los vivientes no encuentro tampoco espantajo que me asuste. Los xácaros de capotillo y guadixeño, y el zuizo con los bigotones, el sable y las pistolas son hombres con miedo; y el que justamente presumo en ellos me quita á mí el que me pudierán persuadir sus apatuscos, sus armas y sus juramentos. Los murmuradores, los maldicientes y los satíricos, que son los gigantones que aterrorizan los ánimos mas constantes, son la chanza, la irrision y el entretenimiento de mi desengaño y de mi gusto. El mayor mal que estos pueden hacer es hablar infamemente de la persona y las costumbres; esta diligencia la he hecho yo repetidas veces contra mí y con ellos, y no he conocido la menor molestia en el espíritu: y despues de tan-

tas

tas blasfemias, injurias y maldiciones me ha quedado sana la estimacion; tengo, bendito sea Dios, mis piernas y mis brazos enteros y verdaderos; no me han quitado nunca la gana del comer, ni la renta para comprarlo; con que es disparate y necedad acoquinada vivir temiendo á semejantes fantasmones. En la cofradia de los ladrones, que es dilatadísima, hay muchos á quien temer; pero anda regularmente errado el temor, de modo que estamos metidos entre las ladroneras, y tenemos miedo á los lugares en que no hay robos, ni á quien robar. En los caminos, en los montes y en los despoblados habita todo nuestro espanto y nuestro miedo, y allí no hay que hurtar, ni quien hurte. Yo he rodado mucha parte de Francia, todo Portugal, lo mas de España, y cada mes paso los Puertos

de

de Guadarrama y la Fonfria, y hasta ahora no he tropezado un ladron. Algunos hurtos veniales suceden en los montes; pero los granados, los sacrílegos y los mas copiosos se hacen en las poblaciones ricas, que en ellas estan los bienes y los ladrones; y á los pocos que ruedan los caminos, y á los muchos que traginan en las Ciudades jamas los temí, porque astrólogo ninguno ha perecido en sus manos, ni hay exemplar de que se les antoje acometer á gente tan pelona. Finalmente digo con ingenuidad que no conozco al miedo, y que esta serenidad no es bizarria del corazon, ni atrevimiento del ánimo, sino es desengaño, y poca credulidad en las relaciones y los sucesos, y mucha confianza en Dios, que no permite que los diablos ni los hombres se burlen tan á todo trapo de las cria-

criaturas. Los que producen en mi espíritu un temor rabioso, entre susto y asco, enojo y fastidio, son los hipócritas, los avaros, los alguaciles, muchos médicos, algunos letrados, y todos los comadrones; siempre que los veo me santiguo, los dexo pasar, y al instante se me pasa el susto y el temor. Con estas individualidades y las que dexo descubiertas en los sucesos pasados, y las que ocurrirán en adelante, me parece que hago visible el plan de mi genio. Ahora diré brevemente del ingenio, que tambien es pieza indispensable en esta vida.

Mi ingenio no es malo, porque tiene un mediano discernimiento, mucha malicia, sobrada copia, bastante claridad, mañosa penetracion, y una aptitud generalmente proporcionada al conocimiento de lo liberal y lo mecánico. Aunque

han

han salido al público tantas obras que pudieran haber demostrado con mas fidelidad lo rudo ó lo discreto, lo gracioso ó lo infeliz de mi ingenio, es rara la que puede dar verdaderas y cumplidas señales de su entereza, de su bondad, de su miseria ó de su abundancia, porque todas estan escritas sin gusto, con poco asiento, con algun enfado, y con precipitacion desaliñada. Yo bien sé que alcanzo mas y discurro mejor que lo que dexo escrito, y que si mi genio hubiera tenido mas codicia á los intereses, mas estimacion á la fama, ó lo que se dice aura popular, y si mi pobreza no hubiera sido tan porfiada y revoltosa, serian mis papeles mas limpios, mas doctrinales, mas ingeniosos y mas apetecibles. Atropelladas salieron siempre mis obras desde mi bufete á las imprentas, y jamas corregí

pliego alguno de los que me volvian los impresores, con que todos se pasean rodeados de sus yerros y mis descuidos. Yo los aborrezco porque los conozco, y si hoy me fuese posible recogerlos los entregaria gustosamente al fuego por no dexar en el mundo tantos testigos de mi pereza y de mi ignorancia, y tantas señales de mi locura, altaneria y extravagante condicion. Solo me consuela en esta afliccion, en que espero morir, la inocencia de mis disparates, pues aunque son soberbios y poderosamente plenarios, parece que no son perjudiciales, quando la vigilancia del Santo Tribunal y el desvelo de los Reales Ministros los ha permitido correr por todas partes sin haber padecido ellos la mas pequeña detencion, ni yo la mas mínima advertencia. Doy gracias á Dios, que habiendo sido tan

loco que me arrojé á escribir en las materias mas sagradas y mas peligrosas, y profesando una facultad que vive tan vecina de las supersticiones, no me despeñaron mis atrevimientos en las desgraciadas honduras de la infidelidad, la ignorancia ó el extravio de los preceptos de Dios, de las ordenanzas del Rey, y de los establecimientos de la política y la naturaleza. Todo lo débo á su Magestad y al respeto con que he mirado á sus substitutos en la tierra. Basta de ingenio, y volvamos á atar el hilo de las principales narraciones.

Dexé esta ridícula historia en el lance de la vuelta de Portugal á Salamanca; y prosigo afirmando que volví menos crédulo y menos obediente á los fáciles é infelices consejos de la juventud, y mas medroso de las calamidades que se

expone á padecer el que se entrega á los derrumbaderos de su ignorante y antojadiza imaginacion. Pasaba en casa de mis padres la vida, escondido y retirado muchas horas, sin padecer resentimiento alguno en el ánimo, ni con la mudanza á la reciente quietud, ni con la memoria de mis alegres travesuras. Insensiblemente me hallé aborreciendo las fatigas de la ociosidad, y muy mejorado en el uso y descompostura de las huelgas y las diversiones; porque asistia solamente á los festejos de las personas de distincion y de juicio, y baylaba en los saraos y concursos que disponia el motivo honesto y la celebridad prudente, graciosa y comedida. Ajustaba en ellos mis acciones á una severidad agradable, de modo que se conociese que mi asistencia tenia mas de civilidad y de po-

lí-

lítica, que de esparcimiento grosero y voluntario. Dí en el extraño delirio de leer en las facultades mas desconocidas y olvidadas, y arrastrado de esta manía buscaba en las librerías mas viejas de las Comunidades á los Autores rancios de la Filosofia natural, la Crisopeya, la Mágica, la Transmutatoria, la Separatoria, y finalmente paré en la Matemática, estudiando aquellos libros que viven enteramente desconocidos, ó que estan por su extravagancia despreciados. Sin director y sin instrumento alguno (de los indispensables en las ciencias Matemáticas), lidiando solo con las dificultades aprendí algo de estas útiles y graciosas disciplinas. Las lecciones y tareas á que me sujetó mi destino y mi gusto las tomé al reves, porque leí la Astronomia y Astrologia, que son las últimas

facultades, sin mas razon que haber sido los primeros librillos que encontré unos tratados de Astronomia escritos por Andres de Argolio, y otros de Astrologia impresos por David Origano. A estos cartapacios, y á las conferencias y conversaciones que tuve con el Padre Don Manuel de Herrera, Clérigo de San Cayetano, y sugeto docto y aficionado á estos artes, debí las escasas luces que aun arden en mi rudo talento, y los relucientes antorchones que hoy me ilustran Maestro, Doctor, y Catedrático en Salamanca quando menos. A los seis meses de estudio salí haciendo almanaques y pronósticos; y detras de mí salieron un millon de necios y maldicientes, blasfemando de mi aplicacion y de mis obras. Unos decian que las habia hecho con la ayuda del diablo; otros que

no valian nada; y los mas aseguraban que no podian ser hechuras de un ingenio tan perezoso y escaso como el mio. La coyuntura desgraciada en que salieron á luz mis pronósticos, la brevedad del tiempo en que yo me impuse en su artificio, la ignorancia y el olvido comun que se padecia de estas ciencias en el Reyno, y sobre todo la indisposicion y el aborrecimiento á los estudios que contemplaban en mí quantos interiormente me trataban, tenian por increible mi adelantamiento, por sospechosa mi fatiga, y por abominable mi paciencia. Estaban veinte y quatro años ha persuadidos los Españoles que el hacer pronósticos, fabricar mapas, eregir figuras y plantar épocas eran unas dificultades invencibles; y que solo en la Italia y en otras naciones extrangeras se reservaban

las llaves con que se abrian los secretos arcones de estos graciosos artificios. Estaban mucho antes que yo viniera al mundo gobernándose por las mentiras del gran Sarrabal, adorando sus juicios, y puestos de rodillas esperaban los quatro pliegos de embustes que se texian en Milan (con mas facilidad que los encaxes), como si en ellos les viniera la salud de valde y las conveniencias regaladas. No vivia un hombre en el Reyno de los ocultos en las Comunidades, ni de los patentes en las escuelas públicas, que como aficionado ó como maestro se dedicase á esta casta de predicciones y sistemas. Todas las Cátedras de las Universidades estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se miraba en este tiempo como las brujerias y las tentaciones

de

de San Anton, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervian á borbollones los pactos y los comercios con el demonio. Esta rudeza, mis vicios, y mis extraordinarias libertades hicieron infelices mis trabajos, y aborrecidas con desventura mis primeras tareas.

Para sosegar las voces perniciosas que contra mi aplicacion soltaron los desocupados y los envidiosos, y para persuadir la propiedad y buena condicion de mis fatigas, pedí á la Universidad la substitucion de la Cátedra de Matemáticas, que estuvo sin Maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cinqüenta; y concedida, leí, y enseñé dos años á bastante número de discípulos. Presidí al fin de este tiempo un acto de conclusiones Geométricas, Astronómicas y Astrológicas; y fue una funcion

y un exercicio tan raro, que no se encontró la memoria de otro en los monumentos antiguos que se guardan en estas felicísimas escuelas. Dediqué las conclusiones al Excelentísimo Señor Príncipe de Chalamar, Duque de Jovenazo, que á esta sazon vivia en Salamanca, gobernando de Capitan General las fronteras de Castilla. El concurso fue el mas numeroso y lucido que se ha notado: y el exercicio tuvo los aplausos de solo, las admiraciones de nuevo, y las felicidades de no esperado. Con esta diligencia, y otros frutos que iban saliendo de mi retiro y de mi estudio, acallé á los ignorantes que se escandalizaron de la brevedad y extrañeza de mi aprovechamiento; pero empezó á revolverse contra mis producciones otra nueva casta de vozingleros de tan poderosos li-

vianos, que hasta ahora no se han cansado de gritar y gruñir, ni yo he podido taparles las bocas con mas de quatro mil resmas de papel que les he tirado á los hocicos. Rompiendo con mis desenfados por medio de sus murmuraciones, sátiras y majaderias, continuaba en escribir papelillos de diferentes argumentos, y en leer los tomos que la casualidad y la solicitud me traia á las manos. Traveseaba con las Musas muchas veces, sin que me estorbasen sus retozos la leccion de la Teologia Moral, la que estudiaba (mas por precepto que por inclinacion) en los Padres Salmanticenses y en el Compendio del Padre Lárraga, de los que todavia podré dar algunas señas y bastantes noticias. Acometióle á mi padre á este tiempo la dichosa vocacion de que yo fuese Clérigo, y porque

no se le resfriasen los propósitos solicitó una Capellania en la Parroquia de San Martin de Salamanca, cuya renta estaba situada en una casa de la calle de la Rua; y sobre esta cóngrua, que eran seiscientos reales al año, recibí, luego que yo cumplí los veinte y uno de mi edad, el Orden de Subdiácono. En él he descansado, porque despues de recibido paré mas á mi consideracion sobre las obligaciones en que me metia, los votos y pureza que habia de guardar, y los cargos de que habia de ser responsable delante de Dios; y atribulado y afligido me resolví á no recargarme (hasta tener mas seguridad y satisfaccion de mis talentos) con mas oficios que los que abracé con poco exâmen de mis fuerzas y ninguna reflexion sobre las duraciones de su observancia. Hasta ahora

no

no he sentido en mi alma aquella mansedumbre, devocion, arrebatamiento y candidez que yo imagino que es indispensable en un buen Sacerdote. Todavia no me hallo con valor ni con serenidad para ascender al altísimo ministerio cuyas primeras escalas estoy pisando indignamente, ni tampoco me ha acometido el atrevimiento y la insolencia de meterme á desventurado oficial de Misas. He tenido hasta hoy un seso altanero, importuno, desidioso, y culpablemente desahogado. La vigilancia y la prudencia que contemplo por precisa para conducírse en tan excelente dignidad, ni yo las tengo, ni me atreveré á solicitarla sin tenerlas. Nació tambien la pereza del ascenso á las demas Ordenes de un pleyto que me puso un tristísimo codicioso sobre la naturale-

za de la cóngrua con que me había ordenado; y por no lidiar con el susto y con el enojo de andar en los tribunales siendo el *susodicho* de los Procuradores y los Escribanos, hice dexacion gustosa de la renta. Encargóse del Purgatorio el avariento litigante, y yo me quedé con el voto de castidad y el breviario, sin percibir un bodigo del altar. Por estos temores, y el de no parar en Sacerdote mendicante, tuve por menos peligroso quedarme entretallado entre la Epístola y el Evangelio, que atropellar hasta el sagrado Sacerdocio para vivir despues mas escandalosamente sin la moderacion, el juicio, el recogimiento, decencia y severidad que deben tener los Eclesiásticos. Mis enemigos y los maldicientes han cacareado otras causas: el que pudiere probarlas hágalo mientras yo vi-

viva, y discurra y hable lo que quisiere, que por mí tiene licencia y perdon para inquirirlas y propalarlas, que, gracias á Dios, no soy espantadizo de injurias.

Antes de cumplir la edad prescripta por el Concilio de Trento para obtener los Beneficios Curados hice dos oposiciones á los del Obispado de Salamanca. Confieso que la intencion fue poco segura, porque no me opuse por devocion, ni por la permitida solicitud de las conveniencias temporales, sino por contentar á mi soberbia desvaneciendo las voces de mis enemigos, que publicaban que yo no conocia mas facultad que la de hacer malas coplas, y peores kalendarios, y por obedecer á mis padres, que ya me consideraban Beneficiado de una de las mejores aldeas del pais. No obstante mi torpe disposicion, quiso

el

so la piedad de Dios, ó la caritativa diligencia de los Padres Exâminadores, disponer que yo correspondiese en la Teologia Moral con satisfaccion suya y honor mio; y logré que ambas veces me honrasen con la primera letra. Todavia se refieren como dignas de alguna memoria algunas respuestas mias; porque el Ilustrísimo Obispo y los Padres Exâminadores, informados de mi buen humor y prontitud, me hicieron algunas preguntas (despues del serio exâmen), ó por probar mi genio, ó por divertirse un poco, y mis precipitaciones fueron la celebridad de muchos ratos. Remítome á las noticias que duran en los curiosos de mis ridiculeces, porque yo no sé declararlas sin confusion y sin sonrojo. Aparecióse en este tiempo en la Universidad de Salamanca la ruidosa pretension de

la alternativa de las Cátedras; y como novedad extraordinaria y espantosa en aquellas escuelas, produxo notables alteraciones y tumultuosos disturbios entre los profesores, maestros y escolares de todas ciencias y doctrinas. Padecieron muchos el rencor particular de sus valedores, y con el atraso de sus conveniencias, y otros daños desgraciadamente molestos á la quietud y á la reputacion. A mí por mas desvalido, por mas mozo, ó por mas inquieto, me tocaron (ademas de otros disgustos) seis meses de prision, padeciendo por el antojo de un Juez mal informado los primeros dos meses tristísimamente en la carcel, y los otros quatro con mucha alegria, sobrada comodidad, crecido regalo, y provechoso entretenimiento en el Convento de San Estevan, del Orden del glo-

riosísimo Santo Domingo de Guzman. El motivo fue haber hecho caso de una necia y mentirosa voz (sin poderse descubrir la voraz boca por donde habia salido) que me acusaba autor de unas sátiras que se extendieron en varias copias; y su argumento era herir á los que votaron en favor de la dicha alternativa. En los seis meses de mi prision se informó el Real Consejo con exquisita diligencia y madurez de todos los sucesos de este caso; y despues de exâminada una gran muchedumbre de testigos, y de un largo reconocimiento de letras y papeles, encontró con la tropelia anticipada del Juez, y con él la escondida verdad de mi inocencia. Salí por Real Decreto libre y sin costas, añadiéndome por piedad, ó por satisfaccion, la honra de que fuese Vice-Rector de la Universi-

dad

dad todo el tiempo que faltaba hasta la nueva eleccion por San Lucas. Así lo practiqué, y hice todos los oficios pertenecientes al Rectorato, con gusto de pocos, y especial congoja y resentimiento de muchos. No quiero descubrir mas los secretos de esta aventura, porque viven hoy infinitos interesados, á quienes puede producir algun enojo la dilatada relacion de este suceso.

La caudalosa conjuracion que corrió contra mí despues de este ruidoso caso, y las dificultades que puso á mis conveniencias la astucia revoltosa de los que ponderaban con demasiada fuerza los ímpetus de mi mocedad, y los disculpables verdores de mi espíritu, me hicieron segunda vez insolente, libre y desvergonzado, en vez de darme conformidad, sufrimiento, temor y emienda venturosa. Enojado con

aspereza de las imprudentes correcciones, del odio mal fingido, y de las perniciosas amenazas de aquellos repotentes varones que se sueñan con facultades para atajar y destruir las venturas de los pretendientes, dí en el mal propósito de burlarme de su respeto, de reirme de sus promesas, y de abandonar sus esperanzas. Dí finalmente en la extremada locura de fiar de mí, y aburrir á estas y á toda especie de personas. Volvíme loco rematado y festivo, pero nada perjudicial, porque nunca me acometió mas furia que la mania de zumbarme de la severidad que afectaban unos, de la presuncion con que vivian otros, y de los poderes y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen. Negueme á la solicitud de los Beneficios, Capellanias y asistencias,

por no pasar por las importunidades y sonrojos de las pretensiones; derrenegué de las Cátedras y los Grados, y absolutamente de todo empleo, sujecion y destino, deliberado á vivir y comer de las resultas de mis miserables tareas y trabajos. Los despropósitos y necedades que haria un mozo zumbon, de achacoso seso, desembarazado, robusto, sin miedo, ni vergüenza, y sin ansia á pedir, ni á pretender, se las puede pintar el que va leyendo, porque yo contemplo algunos peligros en las individuales relaciones, ademas de que ya se me han escapado de la memoria los raros lances de aquella alegre temporada. Ahora me acuerdo que saliendo una tarde del General de Teologia, abochornado de argüir, un Reverendo Padre y Doctor, á quien yo miraba con algun enfado,

porque era el que menos motivo tenía para ser mi desafecto, le dixe: *Y bien, Reverendísimo, ¿es ya lumen gloriæ tota ratio agendi, ó no? ¿Dexaron decidida las patadas y las voces esa viejísima qüestion? Vaya noramala* (me respondió) *que es un loco. Todos somos locos* (acudí yo), *Reverendísimo, los unos por adentro, y los otros por afuera. A V. R. le ha tocado ser loco por la parte de adentro, y á mí por la de afuera; y solo nos diferenciamos en que V. R. es maniático, triste y mesurado, y yo soy delirante de gresca y tararira.* Volvió á reprehender con priesa y con enojo mi descompostura; y mientras su Reverendísima se desgañitaba con desentonados gritos estaba yo anudando en los pulgares unas castañuelas con bastante disimulo debaxo de mi roto manteo, y sin hablarle palabra

lo

lo empecé á baylar, soltando en torno de él una alegrísima furia de pernadas. Fuimos disparados bastante trecho, él menudeando la griteria con rabiosas circunspecciones, y yo deshaciéndome en mudanzas y castañetazos, hasta que se acorraló en otro General de las escuelas menores, que por casualidad encontró abierto. Allí lo dexé aburrido y escandalizado, y yo marché con mi locura acuestas á pensár en otros delirios, en los que (por algunos meses) anduve exercitado, y exercitando á todos la paciencia.

De esta burlona casta eran las travesuras con que me entretenia y me vengaba del aborrecimiento y entereza de mis enemigos: y ya cansado de ser loco, y lo principal afligido de ver á mis padres en desdichada miseria, y acongojados

con la poca esperanza de la correccion de mi indómito juicio y mis malas costumbres, determiné dexar para siempre á Salamanca, y buscar en Madrid mejor opinion, mas quietud, y el remedio para la pobreza de mi casa. Omito referir la fundacion y extravagancias del Colegio del Cuerno, porque no son para puestas al público tales locuras. Solo diré que esta ridícula travesura dió que reir en Salamanca y fuera de ella, porque los Colegiales eran diez ó doce mozos escogidos, ingeniosos, traviesos, y dedicados á toda huelga y habilidad. Los estatutos de esta agudísima congregacion estan impresos. El que los pueda descubrir tendrá que admirar; porque sus ordenanzas, aunque poco prudentes, son útiles, entretenidas y graciosas. Hoy viven todavia dos Colegiales, que despues

pues lo fueron mayores, y hoy son sábios, astutos, y desinteresados Ministros del Rey. Otro está siendo exemplar de virtud en una de las Cartuxas de España. Otro pasó al Japon con la ropa de la Compañia de Jesus: seis han muerto dichosamente corregidos; y yo solo he quedado por único índice de aquella locura, casi tan loco y delinqüente como en aquellos disculpables años. Omito tambien las narraciones de otros enredos y delirios, porque para su extension se necesitan largos tomos y crecida fecundidad; y paso á referir que dexé á mi patria, saliendo de ella sin mas equipages que un vestido decente, y sin mas tren que un borrico que me alquiló por pocos quartos un arriero de Negrilla. Entré en Madrid, y como en pueblo que habia ya conocido otra vez, no tuve que pre-

preguntar por la posada de los que llevan poco dinero. Acomodéme los tres ó quatro dias primeros entre las xalmas del borrico, en el meson de la Media Luna de la calle de Alcalá, que fue el paradero de mi canductor, y en este tiempo hice las diligencias de encontrar casa, y planté mi rancho en el escondite de uno de los casarones de la calle de la Paloma. Alquilé media cama, compré un candelero de barro, y una vela de sebo, que me duró mas de seis meses, porque las mas noches me acostaba á obscuras, y la vez que la encendia me alumbraba tan brevemente que mas parecia luz de relámpago que iluminacion de artificial candela. Añadí á estos ajuares un puchero de Alcorcon, y un cántaro, que llenaba de agua entre gallos y media noche en la fuente mas vecina, y un par de cuen-

cuencas, que las arrebañaba con tal detencion la vez que comia, que jamas fue necesario lavarlas: y este era todo mi basar; porque las demas diligencias las hacia á pulso, y en el primer rincon donde me agarraba la necesidad. No obstante esta desdichada miseria vivia con algun aseo y limpieza, porque en un pilon comun que tenia la casa para los demas vecinos lavaba de quatro en quatro dias la camisa, y me plantaba en la calle tan remilgado y sacudido, que me equivocaba con los que tenian dos mil ducados de renta. Padecí (bendito sea Dios) unas horribles hambres, tanto que alguna vez me desmayó la flaqueza; y me tenia tan corrido y acobardado la necesidad, que nunca me atreví á ponerme delante de quien pudiese remediar los ansiones de mi estómago. Huia á las horas

del comer y del cenar de las casas en donde tenia ganado el conocimiento y grangeada la estimacion, porque concebia que era ignominia escandalosa ponerme hambriento delante de sus mesas. Yo no sé si esto era soberbia ú honradez; lo que puedo asegurar es que de honrado ó de soberbio me ví muchas veces en los brazos de la muerte.

Una de las primeras habitaciones, y la de mi mayor confianza y veneracion, que traté en Madrid fue la de Don Bartolome Barban de Castro, hoy Contador mayor de Millones. En esta hacian una tertulia virtuosa y alegre los criados del Excelentísimo Señor Duque de Veraguas y otros prudentes y devotos sugetos, de los que fuí tomando la doctrina de aborrecer el mal hábito de mis locuras y desenfados. Aseguraba en esta casa en el aga-

agasajo de la tarde la xícara de chocolate, y me servia de alimento de todo el dia; y con este socorro y el que hallé despues en casa de Don Agustin Gonzalez, Médico de la Real Familia, que fue el desayuno de la mañana, pasé algun tiempo sin especial molestia las rabiosas escaseces en que me habia puesto mi maldita temeridad. Aconsejóme este famoso Físico, viéndome vago y sin ocupacion alguna, que estudiase Medicina; y condescendiendo á su cariñoso aviso, madrugaba á estudiar y á comer en su casa, porque á la mia el pan y los libros se asomaban muy pocas veces. Estudié las definiciones médicas, los signos, causas y pronósticos de las enfermedades, segun las pinta el sistema antiguo, por un Compendio del Doctor Christóbal de Herrera. Parlaba de las especu-

laciones que leia con mi Maestro, y desde su boca, despues que recogia en la conferencia lo mas escogido de su explicacion, partia al Hospital, y buscaba en las camas el enfermo sobre quien habia recargado aquel dia mi estudio y su cuidado. De este modo, y conduciendo de caritativo ó de curioso el barreñon de sangrar de cama en cama, y observando los gestos de los dolientes, salí médico en treinta dias; que tanto tardé en poner en mi memoria todo el Arte del señor Christóbal. Leí por Francisco Cypeio el sistema reciente; y creo que lo penetré con mas felicidad que los Doctores que se llaman modernos, porque para la inteligencia de esta pintura es indispensable un conocimiento práctico de la Geometria y de sus figuras, y esta la ignoran todos los médicos de España.

ña. Llámanse modernos entre los ignorantes; y han podido persuadir que conocen el semblante de esta ingeniosidad sin mas diligencia que trasladar el recetario de los autores nuevos. El que pensare que escribo sin justicia, hable ó escriba, que yo le demostraré esta innegable verdad. El saber yo la Medicina, y haberme hecho cargo de sus obligaciones, poco fruto y mucha falibilidad me asustó tanto, que hice promesa á Dios de no practicarla sino es en los lances de la necesidad, y en los casos que juré quàndo recibí el grado y el exâmen. Solo profesan la Medicina los que no la conocen ni la saben, ó los que hacen ganancia y mercancia de sus récipes. Esto parece sátira, y es verdad tan acreditada, que tiene por testigos á todos, y los mismos que comen de esta dichosa y facilí-

lísima ciencia. Con los socorros diarios de estas dos casas, y con la amistad de un bordador, que me permitia bordar en su obrador gorros, chinelas y otras baratijas que se despachaban á los primeros precios en una tienda portátil de la Puerta del Sol, vivia mal comido; pero juntaba para calzar un par de zapatos, y ponerme unos decentes calzones, y alguna chupa sacada del portal del mercader. Entre las amistades de este tiempo gané la piedad de Don Jacobo de Flon, el que se inclinó á mí con el motivo de hablarme y verme exercitar algunas habilidades en una concurrencia donde por casualidad nos juntamos. Ofrecióme su poder; y agradecido y deseoso de que mis padres tuviesen por mi mano algun alivio en sus repetidas desgracias, le rogué que se acordase de ellos,

y

y que no se lastimase de mis miserias, que yo era mozo, y podia resistir los ceños de la fortuna, y que la vejez de los que me criaron no tenia armas con que contrarestar sus impiedades. Movido de la lástima, y de mis honradas súplicas, me dió la Patente de Visitador del Tabaco de Salamanca que dexo dicha en el resumen de la vida de mi padre, y en ella todos mis consuelos, descuidos y venturas.

Ya mi inconstancia me traia con la imaginacion inquieta y cavilosa, trazando artificios para buscar nuevas tareas, entretenimientos y destino. Pensaba unas veces en retirarme de la Corte á ver mundo, otras en meterme Frayle, y algunas en volverme á mi casa. Revolvióme los cascos y puso á mi cabeza de peor condicion la compañia de un Clérigo Burgales, tan buen Sacer-

dote, que empleaba los ratos ociosos en introducir tabaco, azucar y otros géneros prohibidos: y oliendo este que mi docilidad estaria pronta para seguir sus riesgos, aventuras y despropósitos, me aconsejó que lo acompañase á sus ociosidades y entretenimientos, ofreciendo que me daria una mitad de las ganancias, y para salir de Madrid armas, caballo y capotillo. Yo, sin pararme en considerar el extravio, el riesgo y el fin, le solté la palabra de seguirle, ayudarle, y exponer mi vida á las inclemencias, rigores y tropelias que forzosamente se siguen á tan estragado despeño. La misericordia de Dios, que la usa con los mas rebeldes á sus avisos, estorbó tan infame determinacion apartando mi vida de los insolentes riesgos en que la quiso poner mi loco despecho y mal-

di-

dita docilidad. Por el medio mas raro y estupendo que es imaginable me libró su Magestad de las galeras, de un balazo, de la carcel perpetua, del presidio, ó del castillo de San Anton, adonde fue á parar mi devoto Burgales. ¡Bendita sea su benignidad y su paciencia! Escribirélo con la brevedad posible, porque es el caso menos impertinente de esta historia.

Ya estaba yo puesto de xácaro, vestido de baladron, y rebentando de ganchoso, esperando con necias ansias el dia en que habia de partir con mi Clérigo contrabandista á la solicitud de unas galeras, ó en la horca, en vez de unos talegos de tabaco que (segun me dixo) habiamos de trasportar desde Burgos á Madrid, sin licencia del Rey, sus Zeladores ni Ministros: y una tarde muy cercana al dia de nuestra

delinqüente resolucion encontré en la calle de Atocha á Don Julian Casquero, Capellan de la Excelentísima Señora Condesa de los Arcos: venia este en busca mia, sin color en el rostro, poseido del espanto, y lleno de una horrorosa cobardia. Estaba el hombre tan trémulo, tan pajizo y tan arrebatado como si se le hubiera aparecido alguna cosa sobrenatural. Balbuciente, y con las voces lánguidas y rotas, en ademan de enfermo que habla con el frio de la calentura, me dió á entender que me venia buscando para que aquella noche acompañase á la señora Condesa, que yacia horriblemente atribulada con la novedad de un tremendo y extraño ruido que tres noches antes habia resonado en todos los centros y extremidades de las piezas de la casa. Ponderóme el tris-

tí-

tísimo pavor que padecian todas las criadas y criados; y añadió que su ama tendria mucho consuelo y serenidad en verme, y en que la acompañase en aquella insoportable confusion y tumultuosa angustia. Prometí ir á besar sus pies sumamente alegre, porque el padecer yo el miedo y la turbacion era dudoso, y de cierto aseguraba una buena cena aquella noche. Llegó la hora; fuí á la casa, entráronme hasta el gabinete de su Excelencia, en donde la hallé afligida, pavorosa, y rodeada de sus asistentas, todas tan pálidas, inmobles y mudas, que parecian estatuas. Procuré apartar con la rudeza y desenfado de mis expresiones el asombro que se les habia metido en el espíritu: ofrecí rondar los escondites mas ocultos; y con mi ingenuidad y mis promesas quedaron sus cora-

zones mas tratables. Yo cené con sabroso apetito á las diez de la noche, y á esta hora empezaron los lacayos á sacar las camas de las habitaciones de los criados, las que tendian en un salon, donde se acostaba todo el monton de familiares para sufrir sin tanto horror, con los alivios de la sociedad, el ignorado ruido que esperaban. Capitulóse á bulto entre los tímidos y los inocentes á este rumor por juego, locura y exercicio de duende, sin mas causa que haber dado la mania, la precipitacion ó el antojo de la vulgaridad este nombre á todos los estrépitos nocturnos. Apiñaron en el salon catorce camas, en las que se fueron mal metiendo personas de ambos sexôs, y de todos estados. Cada una se fue desnudando, y haciendo sus menesteres indispensables con el recato, decencia y si-

len-

lencio mas posible. Yo me apoderé de una silla, puse á mi lado una hacha de quatro mechas, y un espadon cargado de orin; y sin acordarme de cosa de esta vida ni de la otra empecé á dormir con admirable serenidad. A la una de la noche resonó con bastante sentimiento el enfadoso ruido: gritaron los que estaban empanados en el pastelon de la pieza: desperté con prontitud, y oi unos golpes vagos, turbios, y de dificultoso exâmen en diferentes sitios de la casa. Subí, favorecido de mi luz y de mi espadon, á los desvanes y azoteas, y no encontré fantasma, esperezo, ni bulto de cosa racional. Volvieron á mecerse y repetirse los porrazos: yo torné á exâminar el parage donde presumí que podian tener su origen, y tampoco pude descubrir la causa, el nacimiento, ni el actor. Conti-

nuaba de quarto en quarto de hora el descomunal estruendo, y en esta alternativa duró hasta las tres y media de la mañana. Once dias estuvimos escuchando, y padeciendo á las mismas horas los tristes y tonitruosos golpes: y cansada su Excelencia de sufrir el ruido, la descomodidad y la vigilia, trató de esconderse en el primer rincon que encontrase vacío, aunque no fuese abonado á su persona, grandeza, y familia dilatada. Mandó adelantar en vivas diligencias su deliberacion; y sus criados se pusieron en una precipitada obediencia, ya de reverentes, ya de horrorizados con el suceso de la última noche, que fue el que diré.

Al prolixo llamamiento y burlona repeticion de unos pequeños y alternados golpecillos que sonaban sobre el techo del salon donde es-

ta-

taba la tropa de los aturdidos subí yo, como lo hacia siempre, ya sin la espada, porque me desengañó la porfia de mis inquisiciones que no podia ser viviente racional el artífice de aquella espantosa inquietud: y al llegar á una cruxia que era quartel de toda la chusma de librea me apagaron el hacha, sin dexar en alguno de los quatro pávilos una morceña de luz, faltando tambien en el mismo instante otras dos que alumbraban en unas lamparillas en los extremos de la dilatada habitacion. Retumbaron inmediatamente que quedé en la obscuridad quatro golpes tan tremendos, que me dexó sordo, asombrado y fuera de mí lo irregular y desentonado de su ruido. En las piezas de abaxo, correspondientes á la cruxia, se desprendieron en este punto seis quadros de grande y pe-

pesada magnitud, cuya historia era la vida de los siete Infantes de Lara, dexando en sus lugares las dos argollas de arriba, y las dos escarpias de abaxo, en que estaban pendientes y sostenidos. Inmovil, y sin uso en la lengua, me tiré al suelo, y ganando en quatro pies las distancias, despues de largos rodeos pude atinar con la escalera. Levanté mi figura; y aunque poseido del horror, me quedó la advertencia para baxar á un patio, y en su fuente me chapucé, y recobré algun poco del sobresalto y el temor. Entré en la sala, ví á todos los contenidos en su ojaldre abrazados unos con otros, y creyendo que les habia llegado la hora de su muerte. Supliqué á la Excelentísima que no me mandase volver á la solicitud necia de tan escondido portento, que ya no era bus-

búscar desengaños, sino desesperaciones. Así me lo concedió su Excelencia, y al dia siguiente nos mudamos á una casa de la calle del Pez, desde la de Fuencarral, en donde sucedió esta rara, inaveriguable y verdadera historia. Dexo de referir ya los preciosos chistes y los risibles sustos que pasaron entre los medrosos del salon, y ya las agudezas y las gracias que sobre los asuntos del espanto y la descomodidad se le ofrecieron á Don Eugenio Gerardo Lobo, que era uno de los encamados en aquel hospital del aturdimiento y el espanto; y paso á decir que su Excelencia y su caritativa y afable familia se agradaron tanto de mi prontitud, humildad y buen modo (fingido ó verdadero), que me obligaron á quedar en casa, ofreciéndome su Excelencia la comida,

el

el vestido, la posada, la libertad, y lo mas apreciable, las honras, y los intereses de su proteccion. Acepté tan venturoso partido, y al punto partí á rogar á mi Clérigo contrabandista que me soltase la palabra que le habia dado de ser compañero en sus peligrosas aventuras, porque me prometia mas seguridad esta conveniencia, mas honor y mas duraciones que las de sus fatales derrumbaderos. Consintió pesaroso á mi instancia: él se fue á sus desdichados viages, y en uno de ellos le agarró una ronda, que le puso el cuerpo por muchos años en el castillo de San Anton: yo me quedé en la casa de esta Señora quieto, honrado, seguro, y dando mil gracias á Dios, que por el ridículo instrumento de este duende, ó fantasma, ó nada, me entresacó de la melancólica miseria, y de las

desventuradas imaginaciones en que tenia atollado el cuerpo y el espíritu. Estuve en esta casa dos años, hasta que su Excelencia casó con el Excelentísimo Señor Don Vicente Guzman, y fue á vivir á Colmenar de Oreja. Yo pasé á la del Señor Marques de Almarza, con el mismo hospedage, la misma estimacion y comodidad: y en estas dos casas me hospedé solamente despues que me echó el duende del angustiado casaron de la calle de la Paloma. Vivia entretenido y retirado, leyendo las materias que se me proporcionaban al humor y al gusto, y escribia algunos papelillos, que se los tiraba al público, para ir reconociendo la buena ó mala cara con que los recibia. Pasaron por mí estos y otros sucesos (que es preciso callar) por el año de mil setecientos veinte y tres y veinte y qua-

quatro : y habiendo puesto en el pronóstico de este la nunca bien llorada muerte de Luis Primero, quedé acreditado de astrólogo de los que no me conocian, y de los que no creyeron, y blasfemaron de mis almanaques. Padeció esta prolacion la enemistad de muchos majaderos, ignorantes de las lícitas y prudentes conjeturas de estos prácticos y prodigiosos artificios y observaciones de la Filosofia, Astrologia y Medicina. Unos quisieron hacer delinqüente al pronóstico, é infame y mal intencionado al autor: otros voceaban que fue casualidad lo que era ciencia; y antojo voluntario lo que fue sospecha juiciosa, y temor amoroso y reverente: y el que mejor discurria, dixo que la prediccion se habia alcanzado por arte del demonio. Salieron papelones contra mí, y entre la turba

ba se entremetió el médico Martin Martinez con su *Juicio final de la Astrologia*, haciendo protector de su escrito al Excelentísimo Señor Marques de Santa Cruz: yo respondí con las *Conclusiones á Martin*, dedicadas al mismo Excelentísimo Señor, y otros papeles que andan impresos en mis obras; y quedó, si no satisfecho, con muchas señales de arrepentido. Serenóse la conjuracion, despreció el vulgo las necias é insolentes sátiras, y salí de las uñas de los maldicientes sin el menor araño en un asunto tan triste, reverente, y expuesto á una tropelia rigurosa. Quedamos asidos de las melenas Martin y yo; y desasiéndome de sus garras salí con la determinacion de visitar sus enfermos, y escribir cada semana para las Gazetas la historia de sus difuntos. Vió-

se

se perdido considerando mi desahogo, mi razon, y la facilidad con que impresionaria al público de los errores de su práctica, en la que le iba la honra y la comida. Echóme empeños, pidió perdones; yo cedí, y quedamos amigos.

Vino á esta sazon á ser Presidente del Real Consejo de Castilla el Ilustrísimo Señor Herrera, Obispo de Sigüenza, y aficionado á la soltura de mis papeles, y á lo extraño de mi estudio, ó lastimado de mi ociosidad y de lo peligroso de mis esparcimientos, mandó que me llevasen á su casa; y en tono de premio, de cariño y ordenanza, me impuso el precepto de que me retirase á mi pais á leer á las Cátedras de la Universidad, y que volviese á tomar el honrado camino de los estudios. Díxome que parecia mal un hombre ingenioso en la Corte, li-

libre, sin destino, carrera, ni empleo, y sin otra ocupacion que la peligrosa de escribir inutilidades y burlas para emborrachar al vulgo. Predicóme un poco, poniéndome á la vista su desagrado y mi perdicion; y me remató la plática con el pronóstico de una ruin y desconsolada vejez, si llegaba á ella; porque la fama, la salud y el buen humor se cansarian, y á buen librar, me quedaba sin mas arrimos que una muleta y una mala capa, expuesto á los muchos rubores y escaso alivio que produce la limosna. Medroso á su poder, asustado del posible paradero en una mala ventura, y resentido de perder la alegre y licenciosa vida de la Corte, prometí la restitucion á mi patria, y oponerme á qualquiera de las siete Cátedras raras, que entonces estaban todas vacantes, por ha-

llarme sin medios, ni modo para seguir las eternas oposiciones de las otras. Dióme muchas gracias, muchas honras, y muchas promesas con su favor y su poderío: besé su mano, me echó su bendicion, y partí de sus pies asustado y agradecido, triste y temeroso, impaciente y cobarde, y finalmente lleno de sustos, confusiones y esperanzas. Los nuevos sucesos, acciones y aventuras que pasaron por mí en la nueva vida á que me sujeté en Salamanca lo verá en el siguiente y penúltimo trozo de ella el que no esté cansado de las insipideces de esta leccion.

Quarto trozo de la vida de Don Diego de Torres, que empieza desde los treinta años hasta los quarenta, poco mas ó menos.

Quando yo empezaba á estrenar las fortunas, los deleytes, las abundancias, las monerias, y los dulcísimos agasajos con que lisonjean á un mozo mal entretenido y bien engañado los juegos, las comedias, las mugeres, los bayles, los jardines, y otros espectáculos apetecidos; y quando ya gozaba de los antojos del dinero, de las bondades de la salud, y de las ligerezas de la libertad, poseyendo todos los ídolos de mis inclinaciones sin el menor susto, estorbo, ni moderacion; porque ni me acordaba de la justicia, las enfermedades, las galeras, la horca, los hospitales, la

muerte, ni de otros objetos de los que ponen la tristeza, el dolor, la fatiga, y otros sinsabores en el ánimo, salí de la Corte para entretexerme segunda vez en la nebulosa piara de los escolares, adonde solo se trata del retiro, el encogimiento, la esclavitud, la porqueria, la pobreza, y otros melancólicos desaseos, que son ayudantes conducentes á la pretension y la codicia de los honores y las rentas. Vivia mal hallado y rabioso con esta inutil abstraccion, y muy aburrido con las consideraciones de lo empalagoso y durable de esta vida; pero por no faltar á mi palabra, ni á la mania de los hombres, que juzgan por honor indispensable el cautiverio de una ocupacion violenta, en la que muchas veces ni se sabe, ni se puede cumplir, juré permanecer en ella contra todos los

los ímpetus de mi inclinacion.

Desenojaba muchos dias á mis enfados huyendo de las molestas circunspecciones del hábito talar á las anchuras y libertades de la aldea: trataba con agasajo, pero sin confianza, á los de mi ropage. Iba paladeando á mi desabrimiento con las huelgas del pais los ratos que vacaba de mis tareas escolásticas, y en los asuetos marchaba á Madrid á buscar los halagos de las diversiones, en que continuamente se hundia mi meditacion. Con estos pistos, y otros muerdos que le tiraba al Curso, fuí pasando hasta que la costumbre me hizo agradable lo que siempre me proponia aborrecible. Luego que entré en Salamanca hice las diligencias de leer á la Cátedra de Humanidad; y sabiendo que estaba empeñado en su lectura y en su posesion mi pri-

mer Maestro el Doctor Don Juan Gonzalez de Dios, desistí del gusto y la conveniencia que habia aprehendido en mi instancia. Yo queria esconder el hediondo nombre de astrólogo con el apreciable apellido de Catedrático de otra qualquiera de las disciplinas liberales; pero contemplando utilidad mas honrada la de no servir de estorbo al que me ilustró con los primeros principios de la latinidad y las buenas costumbres, me rendí á quedarme atollado en el cenagoso mote del Piscator. Por este cortesano motivo determiné leer á la Cátedra de Matemáticas: hice mi pretension con irregularidad, y sin apetito á quedarme por Maestro, porque me gritaban las dulces gresca, las sabrosas bullas, los deleytes urbanos, y las licencias alegres de la Corte, que las apetecia

en aquel tiempo con mas ansia que todos los honores y comodidades del mundo. Salió otro opositor á dicha Cátedra, y este esperaba mas felicidad en la multitud de los votos, persuadido á que por sus años maduros, su encogimiento, su moderacion, y sus acciones juiciosas ó impedidas; y á la vista de mis inquietudes, escándalos y libertades seria mas justo acreedor al premio y á las aceptaciones. Trabajaron sobradamente mis enemigos, ya ponderando las virtudes del uno, ya las malicias y los vicios del otro, y ya asegurando que la tropelia de mi genio y la poca sujecion de mi espíritu producirian notables inquietudes en la pacífica union de los demas Doctores: y temiendo, que yo podia aventajarle en las noticias de la ciencia, ó en los lucimientos de los exercicios,

intentaron que no se leyese en público, sino que nos comprometiésemos los dos opositores á las serenidades de un exámen secreto. Resistíme poderosamente á esta novedad, diciendo con soberbia cautelosa que no habia Exáminadores tan oportunos que pudiesen sentenciar en nuestras habilidades y aptitudes, ademas de que mi intencion no era la de ser Catedrático, sino la de hablar en público para desmentir á los que me habian marcado de ignorante, y cumplir con las prevenciones de los edictos, que estos pedian una hora de leccion de puntos en el Almagesto de Ptolomeo, argumento de los opositores, y sufrir tercer exámen en el Claustro pleno de la Universidad; que esto se habia de executar, y faltando al cumplimiento de alguna de estas circunstancias, ó á la mas venial

nial providencia ó costumbre de la escuela en orden á la oposicion de Cátedras, daria parte al Rey, y le suplicaria que me permitiese leer en los patios, ya que se trataba de cerrar los Generales. Serenóse con mi resistencia y mi razon la mañosa novedad que quiso introducir la débil congregacion de algunos miembros descarriados de aquel robustísimo y sapientísimo Senado. Tomé puntos la víspera de Santa Cecilia del año mil setecientos veinte y seis: elegí de los tres, que se encargan á la suerte y ventura, explicar el segundo, que fue el movimiento de Venus en el Zodiaco, y al dia siguiente, al cumplir las veinte y quatro horas del término prescripto por las leyes de la Universidad, marché á las escuelas mayores con algun miedo, mucha desvergüenza, y culpable satisfaccion.

Pa-

Para expresar con alguna viveza los extremados regocijos, los locos aplausos, y las increibles aclamaciones que hizo Salamanca en esta ocasion en honra del mas humilde de sus hijos era mas decente otra pluma mas libre, menos sospechosa y mas autorizada que la mia, pues aunque ninguna de las que hoy vuelan en el público es mas propensa á la claridad de las verdades que la que yo gobierno, no obstante, en las causas tan propias se descuida insensiblemente el amor interesado. Pero pues este lance es el mas digno y mas honrado de mi vida, y no es oportuno solicitar á otro autor que lo escriba, lo referiré con la menor jactancia y vanagloria que pueda. A las nueve de la mañana fuí á entrar en el General de Cánones de las escuelas mayores, y á esta hora estaban las ba-

barandillas ocupadas de los caballeros y graduados del pueblo, y los bancos tan cogidos de las gentes, que no cabia una persona mas. En este dia faltaron todas las ceremonias que se observan indefectibles en estos concursos y exercicios. Los Rectores de las Comunidades mayores y menores y sus Colegiales estaban en pie en los vacíos que encontraron. Los plebeyos y los escolares ya no cabian en la linea del patio frontero al General, y los demas ángulos y centro estaban cuajados de modo que llegaba la gente hasta las puertas que salen á la Iglesia Catedral. El auditorio seria de tres á quatro mil personas, y los distantes que no podian oir, ni aun ver, otros tantos. Nunca se vió en aquella Universidad, ni en funcion de esta ni otra clase, un concurso tan numeroso

ni

ni tan vario. A empujones de los Ministros y Bedeles entré á esta hora, condenado á estar expuesto á los ojos y á las murmuraciones de tantos hasta las diez en punto, que era la hora de empezar. Subí á la Cátedra, en la que tenia una esfera armiliar de bastante magnitud, compases, lapiz, reglas y papel para demostrar las doctrinas. Luego que sonó la primera campanada de las diez me levanté, y sin mas arengas que la señal de la cruz, y un dístico á Santa Cecilia; cuya memoria celebraba la Iglesia en aquel dia, empecé á proponer los puntos que me habia dado la suerte; los que extendí con alguna claridad y belleza, no obstante de estar remotísimo de las frases de la latinidad. Concluí la hora sin angustia, sin turbacion, y sin haber padecido especial susto, encogimiento, ni des-

desconfianza; al fin de la qual resonaron repetidos vítores, infinitas alabanzas, y amorosos gritos, durando las entonaciones plausibles y la alegre griteria casi un quarto de hora: celebridad nunca escuchada, ni repetida en la severidad de aquellos Generales. Serenóse el rumor del aplauso, y en la proposicion de títulos y méritos que es costumbre hacer mezclé algunas chanzas ligeras (que pude excusar) pero las recibió el auditorio con igual gusto y agasajo. Arguyóme mi coopositor, y entre los silogismos se ofrecieron otros chistes, que no quiero referir por repetidos y celebrados entre las gentes, y porque no encuentro yo con el modo de contar gracias mias sin incurrir en el necio deleyte de una lisonja risible, y una vanidad muy desgraciada. Finalizóse el acto, y volvió

vió á sonar descompasadamente la voceria de los vítores; y continuando con ella, me llevó sobre los brazos hasta mi casa una tropa de estudiantes, que asombraban y aturdian las calles por donde ibamos pasando. Esta aceptacion y universal aplauso hizo desmayar á mis enemigos en las diligencias de obscurecer mi estudio, y destruir mi opinion y mi comodidad. Pasados tres dias tuvo su exercicio mi coopositor: llenó su hora, y quedó el auditorio en un profundo silencio. Antes de poner el primer silogismo (mirando á la Universidad que estaba en las barandillas) dixe que me diese licencia para argüir fuera de los puntos, porque no habia leido á ellos el que estaba en la Cátedra; pues habiéndole tocado leer de los eclipses de la luna habia hecho toda su leccion sobre la tier-

tierra, disputando de su redondez, magnitud y estabilidad; y añadí que le mandase baxar, que yo subiria á leer de repente. Fue locura, soberbia y fanfarronada de mozo; pero lo hubiera cumplido. Argüí finalmente á los puntos de su estudiada leccion: precipitóme la poca consideracion de mancebo á soltar algunos equívocos y raterias; y acabado el argumento (porque dixo el opositor que se daba por concluido) sonaron otra vez muchos vítores á mi nombre, y cayeron horrorosos silvos y befas sobre mi desdichado opositor. La moderacion humilde, y el disimulo prudente y provechoso que se debe observar en las alabanzas propias le estan regañando á mi pluma las soberbias y presuntuosas relaciones de este suceso: la integridad de la obra y la disculpable ambicion á los

los decentes aplausos me empujan tambien á describir con alguna distincion la multitud de sus mayores circunstancias; pero pues he determinado callar algunas, concluiré las que pertenecen á este asunto con mas aceleracion y mas miseria. Faltó, pues, el exâmen de las facultades matemáticas en el Claustro pleno para hacer cabal la funcion. Yo sé el motivo de este defecto, y sé tambien que es importante no decirlo. Votóse entre setenta y tres Graduados, que tanto era el número de los Doctores, y tuve en mi favor setenta y uno. Mi coopositor tuvo un voto, y el otro se encontró arrojado de la caxa. Estaban las escuelas y las calles vecinas rodeadas de estudiantes gorrones, cargados de armas, y esperando con mas impaciencia que los pretendientes la resolucion de la Uni-

Universidad; y luego que la declaró el Secretario dispararon muchas bocas de fuego, soltaron las campanas de las Parroquias inmediatas, echaron muchos cohetes al ayre, y me acompañó hasta casa un tropel numeroso de gentes de todas esferas, repitiendo los vivas y los honrados alaridos sin cesar un punto. A la noche siguiente salió á caballo un esquadron de estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera y otras luces un tarjeton en que iba escrito con letras de oro sobre campo azul mi nombre, mi apellido, mi patria, y el nuevo título de Catedrático. Pusieron luminarias los vecinos mas miserables; y en los miradores de las Monjas no faltaron las luces, los pañuelos, ni la voceria. Alternaban músicas y vítores por todos los barrios, y

pareció la noche un dia de juicio. Este fue todo el suceso: y todo este clamor, aplauso, honra y gritería hizo Salamanca por la gran novedad de ver en sus escuelas un maestro rudo, loco, ridículamente infame, de extraordinario genio, y de costumbres sospechosas. Cada hora se escuchan en aquellas aulas doctísimas lecciones y admirables proyectos de escolares prudentes, ingeniosos y aplaudidos; y cada dia se ven empleados en las Cátedras, Obispados y Garnachas excelentes, sugetos de singular virtud, ciencia y conducta; y con ninguno ha hecho semejantes, ni tan repetidas aclamaciones. Averigüen otros la razon ó deslumbramiento de este vulgo, mientras yo le doy con esta memoria nuevas gracias, y me quedo con singulares gratitudes.

Mas

Mas docil, mas erguido, y mas sesudo que lo que yo esperaba de mi cabeza empecé la nueva vida de maestro, enseñando con quietud, cariño y seriedad á una gran porcion de oyentes que se arrimaron á mi Cátedra los primeros cursos, quizá presumiendo que entre las lecciones matemáticas habia de revolver algunas coplas ó ingeniosidades del chacorrero espíritu que todos han presumido en mi humor, gobernándose por las violentas y burlonas majaderias de mis papeles. Fuese por esta causa, ó por la de probar los fundamentos y principios en que estriba un estudio tan misterioso, temido y olvidado, yo logré ver muchas veces lleno de curiosos á mi General en la hora que explicaba. Los cosarios á escribir la materia siempre fueron

pocos; pero en el número de entrantes y salientes puedo contar á todos los mancebos que envian sus padres á seguir otras ciencias que dan mas honra y mas dinero, pero menos descanso y mas peligro. Nunca se oyeron en mi aula las bufonadas, gritos y perdiciones del respeto con que continuamente están aburriendo á los demás Catedráticos los enredadores y mal criados discípulos. A los mios les advertí que aguantaria todos los postes y preguntas que me quisiesen hacer y dar sobre los argumentos de la tarde; pero que tuviese creido el que se quisiera entrometer á gracioso que le rompería la cabeza; porque yo no era Catedrático tan prudente y sufrido como mis compañeros. Un salvage ocioso, hombre de treinta años, cursante en Teologia y en

deshonestidades, me soltó una tarde un equívoco sucio; y la respuesta que llevó su atrevimiento fue tirarle á los hocicos un compas de bronce (que tenia sobre el tablon de la Cátedra) que pesaba tres ó quatro libras. Su fortuna y la mia estuvo en baxar con aceleracion la cabeza, y esta mañosa prisa lo libró de arrojar en tierra la meollada. Este disparate puso á los asistentes y mirones en un miedo tan reverencial, que nunca volvió otro alguno á argüirme con gracias. Continuaba sin pesar desacomodado los cursos en mi Universidad; y los veranos y vacaciones huia de las seriedades de la escuela á desenojarme del encogimiento y tristeza escolástica á Madrid y á Medina-Cœli, adonde me hospedaba con gusto, con regalo, y sin ceremonia, mi íntimo amigo

Don Juan de Salazar, que ya descansa en paz. Pasaban sin sentir por mí los dias y los años, dexándome gustoso, sin desazon, sin achaques, y entretenido con las muchas diversiones que se me ofrecian en los viages en la Corte y en la casa de este y otros amigos de mi humor, de mi cariño y de todo mi genio. Era Don Juan de Salazar (que fue el que me arrastraba entonces mas que otro todo mi cuidado y amor) un caballero discretísimo, sabio, alegre y aficionado á la varia lectura, inteligente en los chistes de la Matemática, en los entretenimientos de la Historia, en las delicadezas de la Filosofia y en las severidades de la Jurisprudencia. Montaba á caballo con arte, con garbo y seguridad: hacia pocos, pero buenos versos: era muy práctico y muy freqüente

te

te en la campiña, en el monte y en la selva: mataba un par de perdices, un javalí y un conejo con donayre, con destreza, y sin fatiga; y era finalmente buen profesor de todas las artes de caballero, de político, de rústico y de cortesano. Viviamos muchas temporadas en una sabrosísima amistad y ocupacion, ya en su librería, que era varia, escogida y abundante, ya en el monte en el dulce cansancio de la caza, y en el estrado de su muger Doña Joaquina de Morales, mi señora, donde sonaban los versos, la conversacion, los instrumentos músicos y toda variedad de gracias y alegrias. Representábanse entre nosotros, los familiares y vecinos diferentes comedias y piezas cómicas (que algunas estan en mi segundo tomo de Poesías) en los dias señala-

dos por alguna celebridad eclesiástica, política ó de nuestra elección. Escribia tambien, ya en los ratos que le sobraban á mis deleytes, ya por las posadas, por huir siempre del ócio, por burlarme del mundo y por juntar moneda, los papelillos que hoy se van cosiendo en tomos grandes. De las sátiras que arrojaban contra ellos y contra mí hacia tambien divertimiento, risa y chanzoneta. Burlábame de ver sus autores cargados de envidia y de lacería mas que de razon, intentando quitarme el sosiego, la libertad y el aplauso. Alegrábame mucho siempre que me soltaban algunos papelones maldicientes, porque al instante se seguia la mayor venta de mis papeles, y el especial regocijo de ver sus autores encorajados é iracundos contra un

mozo picaron, que se le daba un ardite de toda Constantinopla.

Lleno de risa y de desprecio contra la necedad de estos furiosos y provocativos salvages, rodeado de los requiebros de los aficionados á mis boberias, embebido en la variedad de gustos y festejos con bastantes abundancias de fortuna, y sin conocer la cara al sinsabor, al mal ni al quebranto, viví cinco años, que fueron los intermedios desde que entré en la Cátedra hasta que recibí el grado de Doctor. Detúveme en proporcionarme á tan honroso empleo por estar mas desatado para mis aventuras, porque consideraba como estorbo impertinente á mis locurias, la sujecion á los claustros, á las fiestas, á las conclusiones y otros encargos de este apreciabilísimo caracter. Medroso á las leyes y

ciones desde el dia veinte de Enero del año de treinta y dos que pasé á las inclementes injurias del ayre y la nieve en el puerto de Guadarrama, en los montes que tiene el Conde de Santistevan, entre las Navas y Valdemaqueda. Diré brevemente el suceso. Yo perdí el camino, y al anochecer rogué á un pastor, que venia de una de las casas de los guardas de aquel sitio, que me pusiese en la Calzada Real: recibí erradas las señas; y despues de haber dexado el carril que seguia á la distancia que el pastor me dixo entré en otra carretera bastantemente trillada y reducida. Caminábamos sumidos en el rebozo de la capa mi criado y yo, huyendo el azote del ayre y la nieve, y á corto trecho de mí oigo un grito suyo que dixo: *Señor, que me ha tra-*

gado la tierra. Revolvíme con prontitud para socorrerle, y al tomar media vuelta sobre la derecha se hundió mi caballo con un estruendo terrible, y dió conmigo en tierra, lastimándome con curable estrago todo un muslo. Salí como pude; y á pesar de las obscuridades de la noche percibí que habia sacado mi caballo una pierna atravesada de unos clavos de hierro, introducidos en dos trancas horrorosas de madera, á quien llaman cepos los cazadores de los lobos. Acudí á mi criado, y lo hallé tendido debaxo de su animal, que estaba tambien cogido en otro cepo. Hice muchas diligencias para ver si podia quitarles las pesadas cormas; y como en mi vida habia visto semejante artificio no encontré con los medios de librar de él á mis caballos. Medrosos de no caer

en

en otras trampas y desesperados de no poder levantar del suelo á nuestros animales, hicimos rancho, expuestos toda la larga noche á los rigores y asperezas del frio y el viento. Con los pedernales de las pistolas, pólvora y los trapos de una camisa que saqué de mi maleta encendiamos lumbre; pero luego se nos volvia á morir con la humedad. En esta tristísima fatiga, y con el desconsuelo de no oir ni un silvo, ni un cencerro, ni seña alguna de estar cercanos á algun chozo, majada ó alqueria, nos encontró la luz de la mañana, á la que vimos el estrago y pérdida de nuestros rocinantes. Cargamos con nuestras maletas á pie; y á breve rato dimos con el lobero: sacó este los pies de los caballos de los cepos, reconocimos que el uno tenia cortados los músculos, nervios

y

y tendones de la pierna, y que el otro solamente los tenia atravesados. Guiónos á la casa de un guarda, llamado el Calabrés, y en su chimenea nos reparamos del frio de la noche: nos dió para almorzar una gran taza de leche, puso para comer una estupenda olla con nabos y tocino; y gracias á Dios pasámos felizmente el dia. Murió el un caballo, y el otro se curó con mucha dificultad en las Navas; y en dos jacos de alquiler de este lugar proseguimos nuestra derrota hasta Avila de los Caballeros; y en la casa del Marques de Villa-Viciosa acabé de convalecer de mi tormenta con sus favores, sus regalos y mi conformidad.

Prólogo fue del libro de mis desgracias esta melancólica aventura; porque detrás de ella se vino paso á paso mi ruidoso destierro,

el que padecí prolixas desconveniencias, irregulares sustos y consideraciones infelices: pero fuí al mismo tiempo tan afortunadamente dichoso, que ví sobre mí una lástima universal de los nacionales y estraños, una aclamacion increible, y un amor tan honrado, que jamás aspirara á presumir. Si yo pudiera poner en esta escritura sin irritar á los actores y testigos que todavia han quedado en el mundo las particulares menudencias y circunstancias que estoy deteniendo en mi pluma, creo que seria este pasage el único que pusiese alguna enseñanza, algun gusto y dilatada estimacion en esta historia. Yo conozco que es importante que esten ocultos los primeros principios, y muchas circunstancias de los medios y los fines de este escandaloso suceso: por lo que determino con-

contentar al lector con instruirle de las verdades mas públicas para que pueda entretenerse sin el resentimiento de los fabricantes de mi pasada penalidad. Es cierto que en los libros de las novelas, ya fingidas, ya certificadas, y en los lances cómicos inciertos ó posibles, no se encuentra aventura tan prodigiosa ni tan honrada como la que me arrojó á padecer los rigores de un largo y enfadoso destierro. El que quisiere quedar instruido registre algunos papeles míos, que con facilidad se tropiezan en las librerías, y hallará (aunque revueltos con estudiada confusion) los motivos de mi ignominia y mi desgracia. En las dedicatorias de mis almanaques de los años de treinta y quatro y treinta y cinco, hechas á los Excelentísimos Señores Marques de Grimaldo y Don Jo-

seph Patiño, que aun duran en el libro intitulado *Extracto de Pronósticos de Torres*, está patente mi inocencia, y embozada con los rodeos de una astucia loable la raiz principal de las conjuraciones que labraron mis desconsuelos y desdichas. En dos membretes impresos en Bayona de Francia, el uno dictado por Don Juan de Salazar, compañero en la conturbacion, en la fatalidad, la fuga y la fatiga, y el otro proferido por mí al Rey nuestro Señor, suplicando á su piedad con lastimosos y rendidos ruegos para que nos oyese su justicia, aparecen tambien algunas luces de la clara verdad de este suceso. En estos papeles, en la representacion que los Ministros hicieron á su Real Magestad, y en la confesion de Don Juan consta solamente, que provocado este caballero de las injurias

de un Clérigo poco detenido se dexó coger de las insolencias de la cólera, y abochornado de sus azufres tiró de la espada, y abrió con ella en los cascos del provocante un par de roturas de mediana magnitud. Dicen que fue el herido con las manos en la cabeza, no á curarse, sino á solicitar la ira de un contrario poderoso, en cuya confianza y valimiento apoyaba su reprehensible temeridad. Arbitraron (para prevenir con mas eficacia sus rencores y nuestras pesadumbres) que con las heridas frescas partiese quejoso á informar al Presidente de Castilla. Asi lo hizo el buen Sacerdote, y marchó colérico sanguino con las dos faltriqueras en los cascos, y ante su Tribunal dixo que aquellas heridas se las habia impreso Don Juan de Salazar, y añadió (falsamente) que

Don Diego de Torres habia tenido la culpa. Este es todo el hecho público, y esta es la historia que se cantaba en aquel tiempo. Los antecedentes motivos y crueles asechanzas que pusieron á Don Juan en la precision de exâminar ciertas osadias del herido, y otras diligencias de sus alianzas, quedarán encubiertas hasta el fin del mundo. Lo que yo aseguro, ahora que estoy libre, y por la misericordia de Dios perdonado de las sospechas en que inpusieron al ánimo piadoso del Rey, es que no consentí la menor tentacion, ni tuve la mas leve culpa en orden á las estocadas del Clérigo, ni hablé jamas, ni en chanzas ni en veras, ni con la insinuacion, ni con el deseo, en semejante asunto; y en todos los ardides, probanzas y juramentos con que intentó la malicia destruir mi fidelidad, mi honor y buena cor-

res-

respondencia, juro por mi vida que fueron falsos, y esto juraré á la hora de mi muerte. Deseo con ansia sacar á mi discurso de este atolladero: crea el lector lo que gustare, y véngase conmigo á saber (si le agrada) lo que ya puedo decir con verdad, con descanso, sin peligro y sin ofensa.

Los que tomaron el corage, la voz y los poderes del herido dieron cuenta al Rey, probando el delito sin nuestra confesion, exámen, ni disculpa; y temerosos de que la providencia regular nos pusiese en prision, salimos de Madrid al Esquileo de Sonsoto y Tres Casas, en donde esperamos ocultos la resolucion de la consulta. Llegó, como mala nueva, breve y compendiosa, sin haber padecido la mas leve detencion en el viage desde Sevilla (donde estaba á esta sa-

zon la Corte) hasta el Real Consejo. Contenia el Real Orden pocas palabras, porque solo mandaba que por ciertas causas fuese Don Juan de Salazar por seis años al presidio del Peñon, y Don Diego de Torres extrañado sin término de los dominios de España. Nos dió esta buena noticia el Clérigo caritativo de la cabeza rota, que á un tiempo le hacia su buen corazon parcial con el arrepentimiento de la injuria y la venganza, y con la enemistad furiosa de nuestros contrarios y enemigos. Antes que las diligencias judiciales nos encontraran en donde pudiesen notificarnos el Real Decreto huimos, aconsejados del temor y la reverencia, del Esquileo de Sonsoto, con la deliberacion de no parar hasta la Francia. El dia doce de Mayo á las dos de la tarde salimos del ex-

expresado lugar á caballo, y con el alivio de seiscientos doblones, y dos criados que nos servian con puntualidad y con cariño. Llegamos al anochecer á la Granja del Paular de Segovia, donde nos regaló y consoló tres dias el Venerable Padre Don Luis Quilez, Procurador de aquella silenciosa Comunidad de vivientes bienaventurados. Dadas desde allí todas las prevenciones é industrias para lograr los avisos y las cartas que informasen de nuestra vida y nuestros negocios, y advirtiendo á los criados que nos tratasen como amigos y camaradas, trocados los nombres, el de Don Juan de Salazar en Bernardo de Bogarin, y el mio en Manuel de Villena, tomamos la bendicion de aquellos enterrados Religiosos, y nuestra derrota con alguna melancolía,

pero felizmente conformes con los trabajos y el paradero con que nos tenia amenazados el odio y la fortuna. Enderezamos nuestro destino á la Francia: eran las Ermitas y Conventos de Frayles nuestro refugio, sagrado y abrigo, y quando estos lugares no se proporcionaba á la regularidad de las jornadas se disponia el rancho en las campañas, y sobre la tierra de Dios, que estaba bien mullida de las lluvias, asentábamos los catres, los aparadores y los repuestos, que lo eran las mantas y albardones de nuestros caballos, que iban bien almidonados de mataduras y costrones. Los avisos freqüentes que nos dieron de la Corte de que habian salido en nuestra solicitud varias requisitorias, encargando á los Intendentes, Corregidores ó Alcaldes de qualquie-

ra pueblo que nos aprisionasen y detuviesen en el lugar donde pudiésemos ser habidos. En los mesones, en los Conventos y otros parages en donde nos cogia el mediodia, la noche, y la gana de comer, se mezclaba nuestra astucia y curiosidad en la conversacion de los peregrinos, los arrieros y otros concurrentes, preguntando qué habia de nuevo en Madrid; y entre las novedades salia al punto á danzar nuestra tragedia. Murmurábamos de nosotros mismos con quantos se nos ponian delante. Afeábanse las ligerezas de los hechos, maldecíanse los escándalos de los delinqüentes, y se glosaba sobre el asunto con libertad extraordinaria. Nosotros atizábamos con disimulo importante el fuego de la murmuracion, y especialmente quando el relator

era algun crítico aficionado á la poca caridad, ó algun hipócrita de los que quitan los créditos por amor de Dios, y las honras por el bien de las almas. Divertia mucha parte de nuestros sustos y desvelos este juguete, y la ridícula variedad con que oiamos referir nuestra lastimosa historia. Unos aseguraban que nos vieron ahorcados: otros que ya comiamos el bizcocho de municion en las Alucemas; y muchos se mantenian en la verdad de nuestra fuga. El suceso se contaba en cada sitio de diferente modo y substancia. Deciase por unos que una dama principal era el agente y motivo de nuestra desolacion; por otros que una comedia satírica representada contra el Gobierno; y los mas aseguraban que por haber muerto á un Cura y herido á otro: y á estas mentiras

las

las rodeaban de unas circunstancias tan infames é imposibles, que mas nos producian la risa que el enfado. La ignorancia de nuestras personas puso tambien á muchos en una curiosidad aventurada, y á nosotros en nuevos y evidentes peligros. En Burgos nos marcaron por Frayles apóstatas, porque en un Convento de aquella Ciudad nos oyeron argüir en Filosofia y Teologia; y como esta accion era extraña del trage corto y picaresco que elegimos para disimularnos, se persuadieron los oyentes á que nuestro estudio y modestia no podia salir de otro lugar que de los claustros religiosos. Entre los que no nos trataban pasamos plaza de contrabandistas, gobernando su presuncion por los informes del vestido, del gesto, y de las armas. La pesadumbre con que caminábamos

no era mucha, porque la esperanza de que llegaria (aunque tarde) el conocimiento de mi inocencia y el perdon de la destemplanza de mi amigo; el gusto de ir viendo paises nuevos y gentes no tratadas; el alivio de los seiscientos doblones que llevábamos en nuestros bolsillos, y los buenos caballos, que nos sufrian y autorizaban, nos iban templando la mayor prolixidad de nuestras penas, enojos y fatigas. No quiero poner aquí el monton de angustias que padecimos á ratos en nuestro viage, ya producidas del miedo de no dar en una prision, ya del cuidado que nos acosaba el espíritu con la memoria de nuestras casas y familias, porque no se me aburran los lectores con la vulgaridad de la relacion de unos lances tan indefectibles, que se los puede presumir el mas rudo; imagínelos

el

el que lea, y quedará menos enojado con su discurso que con la torpeza de mis enfadosas expresiones.

Llegamos á Bayona de Francia; y en esta Ciudad nos detuvimos algunos dias, esperando en las cartas los consuelos de alguna serenidad y arrepentimiento de los conjurados que se habian enardecido contra nuestra quietud. Nos certificaron los avisos de los agentes de Madrid el mal estado de nuestra libertad, y las pocas esperanzas que por entonces podiamos tener en orden á reconciliarse los ánimos de los unos y los otros: y mi amigo, que llevaba al cuidado de su discrecion las resoluciones de las dos voluntades, determinó que al punto partiésemos á París. Halló pronta mi obediencia, mi amistad y mi gusto; y al dia siguiente marcha-

chamos, persuadidos á que el favor del Señor Marques de Castelar, que se hallaba Embaxador de España en aquella Corte, seria el único medio y remedio contra las adversidades que nos empezaban á perseguir. Reconociendo con puntualidad las Ciudades, caserios y villages intermedios llegamos á Burdeos, en donde nos encontró un criado de Don Juan, que traia cartas mas recientes que las que recibimos en Bayona. Tuvo con ellas la mala novedad de que le habian embargado sus bienes, y que los enemigos adelantaban á tal extremo sus rencores que habian irritado sumamente á los Jueces; y por último le persuadian á volverse á España á presentarse á la Justicia, porque este solo era el único modo de volverse á su hacienda, casa y opinion. Con este

avi-

aviso y este consejo mudó el propósito de continuar las jornadas á París, consultando conmigo sus deliberaciones: y como yo no me habia quedado con mas obligacion, ni mas voluntad que la de conformarme á sus ideas, asentí en esta sin la menor repugnancia, ni disputa. Cargaron sobre Don Juan todas las resoluciones y las diligencias judiciales, porque como era público que mis muebles no podian valer para pagar un alguacil, ni mis raices para satisfacer un pedimento, ni mi persona podía ser util sino para añadir un estorbo á la carcel, y un comedero mas á la Cofradia de la Misericordia, no se acordaron de ella para nada. Don Juan embargado y yo sin embargo nos volvimos desde Burdeos para España con el dolor de las malas nuevas de nues-

tra

tra libertad, y con el sentimiento de no ver á París, adonde nos guiaba aun mas el gusto que la esperanza de nuestros alivios. A entender en los medios y las astucias de no ser sorprehendidos de las rondas de las Aduanas, á cuya estratagema y desvelo estaba cometida nuestra prision, y á imprimir los dos memoriales de que ya hice memoria en los párrafos antecedentes, paramos segunda vez en Bayona. Desde allí remitimos á Sevilla (donde á esta sazon estaba la Corte) trescientos memoriales á diferentes Señoras, Señores, Ministros y Agentes, para que solicitasen el buen despacho de nuestras súplicas, que todas se encaminaban á que el Rey nos oyese en justicia, y que se nos exâminase en el Tribunal que su piedad y su rectitud se dignase de elegir. La re-

resulta fue que á Don Juan se le oyese en justicia, y mi nombre no pareció para nada en el decreto. Disfrazados en el trage de arrieros (que esta fue la resolucion que pensamos por oportuna para escaparnos de las rondas) con los vestidos de unos mercaderes de Fuentelaencina, que casualmente tropezamos en Bayona, salimos de ella, capitulando llegar á un tiempo mismo á su lugar, y satisfacer en las aduanas los derechos que se pagan al Rey por los géneros extraños. Ellos galanamente adornados con nuestros vestidos y caballos, y nosotros sorbidos en unos coletos mugrientos, en mangas de camisa, con los botines abigarrados, la vara en el cinto, gobernando los ramales de seis mulas, y gruñendo votos y porvidas, nos desparecimos de Bayona por diferentes carriles, sin

mas diferencia, que una hora de tiempo. Fuimos pasando por los lugares donde paraban las requisitorias: nos encontramos muchas veces con las rondas, y ninguno de los jueces ni de los guardas nos pudo descubrir, ni aun sospechar; porque es cierto que ibamos discretamente disfrazados. Con dos horas de diferencia (sin habernos acaecido aventura singular en el viage) llegamos á Fuentelaencina, entregamos los machos, los géneros y la cuenta, y dimos mediana razon de nuestras personas, y muchas gracias á los mercaderes. Despedidos de ellos discurrió mi amigo en que el medio mas seguro para empezar á tratar de nuestro negocio era el dividirnos: en esto quedamos, y Don Juan se cargó con el cuidado de asistir á mi madre, y darla quinientos reales cada mes;

lo que cumplió como caballero y hombre de bien, que sabia mi inocencia, y la injusticia que los enemigos me habian hecho en quitarme la opinion, la comida y la libertad. Engendró en los contrarios algunos zélos esta liberalidad; pero sepan los que hoy viven que despues que volví de mi destierro á mis honores y á mis conveniencias pagué á Don Juan toda la cantidad con que su garboso gemo remedió la desventura en que mi madre quedaba; y aunque no lo dió con el fin de la cobranza, yo lo recibí con el deseo de la satisfaccion.

Tristísimamente desconsolados, sin acertar con las palabras de la despedida ni con las voces de los consuelos nos dividimos, tomando Don Juan el camino de Madrid y yo el de Salamanca. Apenas llegó se presentó en la carcel de Corte;

y desde ella le colocaron en el Convento de San Felipe el Real, donde hizo judicialmente una declaracion horrorosa y verdadera de todos los hechos: y vista por los Señores del Real Consejo de las Ordenes, de quienes era súbdito, por ser el delinqüente Caballero de la Orden de Santiago, fue absuelto de los seis años del Peñon, y nuevamente sentenciado á un año de residencia en el Convento de Uclés de la misma Orden. Mientras Don Juan estaba padeciendo los enfados de los interrogatorios, las comisiones de los alguaciles, los consejos de los impertinentes y la reclusion en aquella venerable Casa estaba yo paseando las calles de Salamanca lleno de dudas y sospechas, disponiendo la conformidad á quanto me quisiese remitir la providencia, la desgracia ó la for-

tu-

tuna. Un mes estuve en esta suspension sin que mi xefe el Maestrescuela, ni el Corregidor del Lugar, ni otra ninguna persona me hablase una palabra en orden á mis aventuras. Llegué á persuadirme que estaria perdonado, ó á que fue ficcion de mis enemigos la voz tan valida y acreditada del destierro: y una mañana, quando mas olvidado vivia yo de mis desgracias, se entró por mis puertas el Alcalde Mayor Don Pedro de Castilla y me notificó la orden del Rey, en que su Magestad se dignaba de que fuese extrañado de sus dominios. Salí en aquella tarde con dos corchetes y un Escribano, y en treinta horas me pusieron en Portugal, sujeto á las leyes del Señor Don Juan Quinto, el justiciero y piadoso Monarca de aquel breve mundo. Ya tengo escrito este

pasage en la dedicatoria al Excelentísimo Marques de la Paz en el Pronóstico del año mil setecientos treinta y quatro: acudan á él los curiosos, pues es molestia demasiadamente enfadosa repetir en estos pliegos lo que ya tengo escrito en otras planas. Hallé, gracias á Dios, en los políticos y los rústicos de aquel Reyno piadosísimas atenciones, dádivas corteses, lástimas graciosas y una claridad imponderable. Ni en el escrupuloso genio de los Portugueses, ni en la delicadeza de mi estimacion produxo el mas leve perjuicio el mal olor de delinqüente, con que ya estaban apestados, ni el contagio de infame con que me presenté á sus ojos llevando sobre mí el sayo de capitalmente condenado. Recibiéronme, gracias á Dios, con un gozo y un agasajo que jamas pu-

de

de presumir. Rodando las aldeas, caserios y ermitas cercanas á las hermosas ciudades de Coimbra, Villa-Real y Lamego, anduve quatro meses bien divertido y regalado en las casas de los Curas, los fidalgos, los jueces, los médicos y otras personas de gusto y conveniencias. Repasaba muchos ratos felizmente gustoso con la memoria y la narracion de mis anteriores aventuras, quando me vieron aquellos montes con el ropon de ermitaño. Los recuerdos del dichoso Don Juan del Valle eran freqüentes asuntos de las conversaciones, siendo gozo de los que le trataron y fatiga bien empleada de los que no lo conocieron la repeticion de sus virtudes escondidas. Parlaba con los Abades y los hidalgos instruidos (de que hay abundancia en aquel Reyno) de los sistemas de la filosofia

reciente; componiamos el mundo de los átomos, de la materia sutil, de la striada y globulosa: regañábamos con *Aristóteles*, y se decia entre nosotros que no supo explicar un fenomeno de la naturaleza, y con la repeticion de los disparates de *Cartesio*, de las presunciones de *Regis*, y las vanidades de los que hoy garlan en el mundo con sus librillos repletos de rayas, círculos y figuras, los tenia ansiosamente embelesados. Resollaba con los médicos muchas pataratas astrológicas: disculpaba los embustes, astucias y engaños de su facultad, y lo dudoso de sus juicios y recetas; pero con tal advertencia que no los enojase mi poca fe; y el escarnio con que me quedo contra la credulidad de los que no piensan que hay muerte, y que para todo hay remedio. Echaba mis pára-

ra-

rafos de política, de aulica, de guerra, y de quanto imaginaba oportuno á la inclinacion de los oyentes. Aseguro al que lee que en mi vida he hablado ni tan varia ni tan disparatadamente como entonces; pero era disculpable mi garrulidad, porque la precision de tenerlos gustosos y parciales hizo alborotar con demasia á mi natural silencio.

Con este trato humilde, agradable y astuto vivia en aquellos cortos lugares, hasta que cansado de su brevedad me mudé á Coimbra, adonde no pude detenerme sino muy poco tiempo, por causa de que aun vivia (aunque muy viejo y postrado) el majadero zeloso que me dió motivo para dexar la vez primera que la pisé aquella hermosísima Ciudad. No obstante este ridículo estorbo, y per-

persuadido á que la mudanza de mi nombre y trage le habrian ya borrado de su memoria los accidentes de mi figura, quise alicionarme con el trato y la conferencia de algunos de los Doctores de aquella grande por todos modos Universidad. Bautizado tercera vez con el nombre de Francisco Bermudez, hablé de mi verdadero nombre y persona con varios sugetos de la primera distincion, gobierno y sabiduria de aquella escuela; y me significaron el especial honor que lograrian en que el Doctor Don Diego de Torres fuese á servir la Cátedra de Matemáticas que tenian vacante por muchos años por falta de opositor y pretendiente. Yo les aseguraba que conocia á Torres, y que estaba olvidándose del mundo en uno de los lugares de la raya, obedeciendo al Real

Real Decreto de su Rey, que le tenia extrañado de sus dominios. Prometí que le significaria lo mucho que tenia que agradecer á sus buenos deseos, manifestando las honradas proposiciones con que procuraban premiar sus fatigas y desvanecer sus desconsuelos. Añadieron á estas favorables promesas que perdonarian los gastos de la incorporacion del grado, el exâmen y exercicios, y consultarian al Rey para que, sin exemplar, aumentase los salarios de la Cátedra. Antes que pudiese la casualidad ó la malicia descubrir que yo era el *Torres* que solicitaban dexé á Coimbra, y vine á parar por otro par de semanas á Mirandela, y á la Torre de Moncorbo; y de este lugar escribí á los Doctores de la comision que Don Diego de Torres solo atendia á los cuidados

dos de manifestar al Rey su veneracion, su inocencia, y todas las operaciones de fidelísimo vasallo, y que perderia todas las esperanzas y comodidades de honra y de riqueza que le pudiese dar el mundo hasta demostrar su fidelidad, su zelo y su inalterable esclavitud. Persuadílos en la carta lo agradecido que quedaba á la altísima honra de tan gloriosa Universidad, y otras expresiones muy rendidas, muy reverentes, y muy verdaderas. Vago y ocioso de uno en otro pueblo vivia yo, esperando en el exâmen de los Jueces, y en la piedad del Rey, la restitucion á mi patria; pero mi mala suerte me retardaba los alivios. Muchas veces me ví acometido de los pensamientos de ponerme en Lisboa, ya agasajado de los deseos de volver á instruirme en aque-

lla

lla gran Corte, ya incitado de las cartas y las proposiciones con que me llamaron algunos Príncipes; pero conociendo que me exponia á la infamia de ser ingrato, ó á la angustia de hacer imposible la vuelta á Castilla, no me determiné á consentir, ni á los honrosos llamamientos de los Proceres, ni á los alegres gritos de mi curiosidad. Mientras que yo andaba desocupado, sin destino seguro, y lleno de indeliberaciones, ideas, arrepentimientos y propósitos cumplió D. Juan su reclusion de Uclés; y habiéndose restituido á Madrid continuaba con fervor incansable las diligencias y oficios de mi libertad y restitucion. Escribióme que seria oportuno que alguna de mis hermanas se apareciese en la Corte á besar los pies del Rey, y á suplicar á su Real ánimo por mi li-

libertad, y por su alivio y el de mi pobre madre; y en pocos dias se pusieron desde Salamanca en el camino de Balsain (adonde estaba la Corte) mi hermana Manuela, mi sobrina Josepha de Atiño, y mi primo Antonio Villartoel. Encontraron en el Ministro un agrado piadoso, en los grandes sugetos de la Corte una lástima cariñosa, y en los mas ignorados una inclinacion favorable, y una prontitud increible llena de consuelos, alivios y breves esperanzas. El puro llanto de mis inconsolables parientes, y la porfiada asistencia á las puertas del Ministro, y la general misericordia con que todos miraban á mi pobre hermana y sobrina, me sacaron del tristísimo cautiverio al puerto de la felicidad y la ventura. El Eminentísimo Señor Cardenal de Molina, mi Señor,

de

de orden del Rey me volvió mejorada la libertad y la honra en una carta que guardo para mi confusion, mi gratitud y mi seguridad. Volví á mi patria, y en ella me recibieron muchos con contento, algunos con desazon, y los mas con una indiferencia sospechosa, y aun fuga reparable; porque juzgaban que lo desterrado era enfermedad pestilente, y que el odio de los enemigos podia introducirse en sus deseos, esperanzas y conveniencias. No me admiré, porque este es un temor comun en los espíritus desdichados, y una enfermedad incurable en todo lugar de pretendientes.

Tres años duró la privacion de mi libertad; y aunque tuve en ellos la paciencia y alivios que dexo expresados, tambien padecí en este intermedio otra conjuracion-

no

no tan poderosa, pero mas terrible y abominable que la que fue causa del destierro. Callaré su naturaleza, los productores y el lugar del delito, porque la caridad que debo tener con el próximo me estorba la quexa y la noticia. Viven muchos que pudieran ofenderse de mi descubrimiento; y no es justo dar que sentir á ninguno quando no importa á mi opinion, ni á mi quietud que se queden en el silencio su arrojo y mi conformidad. Solo puedo decir para mi confusion, que el Real Consejo de las Ordenes tomó la providencia de averiguar la torpeza de la accion, y exâminada con muchos testigos, desengaños y papeles halló al reo oculto, encontró con mi inocencia ahogada, y fue sorbrecogido de una lastimosa compasion de ver los crueles enojos y fa-

facinerosas asechanzas con que de-
ha en aborrecerme la fortuna. Pa-
decí en este tiempo en estrema-
soledad con mucha pobreza y ri-
goroso desabrigo dos enfermeda-
des agudas que me asomaron á la
boca del sepulcro. Fue la una un
soberbio y executivo garrotillo,
que me agarró bien descuidada-
mente en una miserable aldea de
Portugal en la casa de un pobre
pescador honrado, piadoso y di-
ligente. En el angosto cubierto de
su estrecha habitacion, resumida
toda á un negro portal y á una
cocina poco ahumada, y sobre un
desmembrado xergon, compuesto
de los destrozos de sus viejas re-
des, estuve lidiando con las zo-
zobras de tan maligna y traidora
enfermedad. Fuí en un tomo el
Doctor, el Cirujano y el enfermo,
y quiso la Providencia de Dios que

en un sitio tan retirado, tan mísero y tan inculto no me faltase lo conducente para detener las atrevidas prontitudes del afecto. Tenia mi angel pescador arrojadas sobre unos tablones muchas simientes de calabaza y de melon, que reservaba su economia y su industria para sembrar en un pedazo de terreno que tenia arrendado, y una cazuela barrigona de barro zamorano mas que mediada de azucar (provision indispensable en la casa mas pobre de aquel Reyno) y con estas simientes me disponia unas orchatas, medianamente frescas en la garapiñera del sereno, las que bebia por tarde y por mañana. Dábame en las horas oportunas unos caldos de coles y tocino, y con aquella golosina y remedio, estas substancias y seis sangrias que repartí entre los brazos y las pier-

nas me libré de morir ahorcado entre las garras de tan violento é implacable verdugo. Nunca fuí tan agradecido ni tan apasionado á los cortos elementos de la medicina como en esta ocasion; y el haber leido que á esta idea de achaque se ocurre con las sangrias y los refrescos me sirvió de un notable alivio y una confianza saludable. Para que al lector no le quede confusion alguna en orden al modo y la prontitud de executar las evacuaciones de sangre sepa que ha muchos años que llevo en mi bolsillo, especialmente á los viages, un estuche con herramientas de cirugia, pluma, tintero, hilo y abuja, y otros trastos con que divertir y remendar la vida y el vestido. Fue la otra enfermedad una calentura ardiente, que me asaltó en el Convento de San Fran-

cisco de Trancoso, en la que fuí asistido dichosamente de un Confesor sabio y devoto y de un Médico necio é ignorante. En este peligro libró con mas ventajas mi conciencia que mi cuerpo; porque en aquella no quedó rastro ni reliquia de escrúpulo, y de mi humanidad aun no he podido ver sacudidas las maldades que dexó en ella, ó plantó de nuevo con sus malaventuradas zupias y brevages. Despues de diferentes reçaidas vino á parar en una destilacion al pecho, que me puso en las agonias de una física incipiente, y hubiera pasado á la tercera especie á no haber escapado de sus uñas. Desesperado con la asistencia y la ignorancia de este bruto Doctor determiné que un lego enfermero de la Casa me diese un boton de fuego entre tercera y quarta ver-

te-

tebra del espinazo, para que abriendo una fuente en este sitio se viniese á este conducto la destilacion que corria precipitada á los pulmones. Con la esperanza de esta medicina, dictada por mi antojo, y sin temor á mi flaqueza ni á las injurias del temporal me mudé á *Ponte de Abad*, Lugar, en donde por la misericordia de Dios no habia médico ni boticario. Con la falta de estos dos enemigos, con mucha paciencia y el consuelo de ir palpando las buenas noticias que me daba mi albañal, me ví libre en pocos dias de tan rebelde y desesperada dolencia. Otros trabajos y desdichas sufrí en esta larga y penosa temporada, pero los suavizó mucho mi conformidad y los deleytes, que no dexaban de encontrarme á cada paso; de modo que iba corriendo mi vida como la del

mas dichoso, el mas rico y el mas acompañado, pues para todos vienen las pesadumbres y los gustos, la salud y la enfermedad, el ocio y el entretenimiento, la miseria y la abundancia; porque la vida del mas feliz y el mas desgraciado está llena de sobras y faltas, alteraciones y serenidades, tristezas y alegrías, y con todo se vive hasta la muerte.

Gozando de la quietud de mi casa, de la compañía dulce de mi madre y hermanas, de la conversacion de mis amigos y de las adulaciones de mi tintero y de mi pluma, me estuve un año en Salamanca, hasta que con la licencia del Eminentísimo Cardenal de Molina, mi Señor, vine á Madrid. Aposentóme (con admiracion y susto de los contrarios, y honrado gozo de los afectos) Don Juan de Salazar en

su

su casa; y con esta accion volcó muchos juicios y arruinó mil conjeturas poco favorables á nuestra amistad y confianza: corrimos en su coche paseos públicos, visitamos con ancha alegria á nuestros apasionados, con política estrecha á nuestros enemigos, y con reservada prudencia á los indiferentes en las noticias y acciones de nuestros trabajos y sucesos. Nuestra presencia y amistad produxo muchos desengaños, desató muchas dudas, y puso respeto á no pocas jactancias y mentiras. Con esta diligencia y la demostracion de la constancia inseparable de nuestro cariño se serenaron las inquietudes y se entorpecieron todas las ideas y máquinas de los genios reboltosos, noveleros y desocupados. Pasé con mi amigo felizmente todo el verano; y pocos dias antes de S. Lucas

me volví á Salamanca á cumplir mis juramentos y mis obligaciones; y al año siguiente, que fue el de 1736, despues de finalizadas mis tareas, empecé á satisfacer varios votos que habia hecho por mi libertad y mi vida en el tiempo de mi esclavitud y mis dolencias. Fue el mas penoso el que hice de ir á pie á visitar el Templo del Apostol Santiago, y fue sin duda el mas indignamente cumplido, porque las indevotas, vanas y ridículas circunstancias de mi peregrinacion echaron á rodar parte del mérito y valor de mi promesa. Salí de Salamanca vistiendo de peregrino, con el bordon, la esclavina, y un vestido mas que medianamente costoso. Acompañábame Don Agustin de Herrera, un amigo muy conforme á mi genio, muy semejante á mis ideas, y muy parcial con mis in-

inclinaciones, el que tambien venia tan fanfarron, tan hueco y tan loco como yo, afectando la gallardia, la gentileza y la pompa del cuerpo y del trage, y descubriendo la vanidad de la cabeza. Detras de nosotros seguian quatro criados con quatro caballos del diestro, y un macho donde venian los repuestos de la cama y la comida. Atravesamos por Portugal para salir á la Ciudad de Tuy, y en los pueblos de buenas vecindades nos detenia-mos, ya por el motivo de descansar, ya por el gusto de que mi compañero y mis criados viesen sin prisa los lugares de aquel Reyno, que yo tenia medianamente repasados. Divertiamos poderosamente las fatigas del viage en las casas de los fidalgos, en los Conventos de Monjas, y en otros lugares, donde solo se trataba de oir músicas, dis-

po-

poner danzas, y amontonar toda casta de juegos, diversiones y alegrias. Convocábanse en los lugares del pasto y la detencion las mugeres, los niños y los hombres á ver *el Pisvator*, y como á oráculo acudian llenos de fe y de ignorancia á solicitar las respuestas de sus dudas y sus deseos. Las mugeres infecundas me preguntaban por su sucesion, las solteras por sus bodas, las aborrecidas del marido me pedian remedios para reconciliarlos, y detras de estas soltaban otras peticiones y preguntas raras, necias é increibles. Los hombres me consultaban los achaques, sus escrúpulos, sus pérdidas y sus ganancias. Venian unos á preguntar si los querian sus damas, otros á saber la ventura de sus empleos y pretensiones; y finalmente venian todos y todas á ver como sona los

hom-

hombres que hacen los Pronósticos; porque la sinceridad del vulgo nos creen de otra figura, de otro metal, ó de otro sentido que las demas personas; y yo creo que á mí me han imaginado por un engendro mixto de la casta de los diablos y los bruxos. Este viage le tengo escrito en un romance que se hallará en el segundo tomo de mis Poesias y en el extracto de Pronósticos, en el del año de 1736, y en donde estan con mas individualidad referidas las jornadas: aquí solo expreso que sin duda alguna hubiera vuelto rico á Castilla si hubiese dexado entrar en mi desinteres un poco de codicia, ó mi disimulo con manos de aceptacion: porque con el motivo de concurrir á la mesa del Ilustrísimo Arzobispo de Santiago, el Señor Yermo, el médico de aquel Cabildo Don Tomas de

Velasco, hombre de mucha ciencia, mucha gracia y honradez, hablaba de mí en todos los concursos (claro está que por honrarme) con singularísimas expresiones de estimacion hacia mi persona y mis bachillerias. Agregáronse á su opinion y su cortesanía los demas médicos, y no hubo achacoso doliente ni postrado que no solicitase mi visita. Atento, caritativo y espantado de la sencillez y credulidad de las gentes iba con mi Doctor sabio y gracioso á ver, consolar y medicinar sus enfermos; los que querian darme cuanto tenian en sus casas. Agradecí sus bizarrias, sus agasajos, y les dexé sus dones y sus alhajas; contentando á mi ambicion con la dichosa confianza y el atentísimo modo con que me recibieron. Mucho tendria de vanidad

quixotada este desvio en un hombre de mi regular esfera; pero tambien era infamia hacer comercio con mis embustes y sus sencilleses, no teniendo necesidad ni otro motivo disculpable.

Dexando contentos á los médicos, y muy distraidos de aquel error comun que me capitula de enemigo grosero y rencoroso de las apreciables experiencias de su facultad, y consolados á los enfermos, aquietando á unos sus aprehensiones y realidades con remedios dóciles, y persuadiendo á otros que la carestia de los medicamentos era el mas oportuno socorro para sus dolencias, pasé á la Coruña, en donde me sucedió el aplauso y el honor de aquellos honradores genios con el mismo alborozo que en Santiago. Desde

aquel

aquel alegre y bellísimo puerto de mar tomé el camino de Castilla por distintos lugares, en los que merecí ser huesped de las primeras personas de distincion, agasajándome en sus casas con las diversiones, los regalos y los cariños. Enmedio de estar ocupado con los deleytes, las visitas y los concursos no dexaba de escoger algunos ratos para mis tareas. La que me impuse en este viage fue *la vida de la Venerable Madre Gregoria de Santa Teresa*, la que concluí en el camino con el almanak de aquel año antes de volver á Salamanca; adonde llegué desocupado para proseguir sin extrañas fatigas las que por mi obligacion tengo juradas. Cinco meses me detuve en este viage, y fue el más feliz, el mas venturoso y acomoda-

dado que he tenido en mi vida; pues sin haber probado la mas leve alteracion en la salud ni en el ánimo salí y entré alegre, vanaglorioso, y dichosamente divertido en mi casa. En la quietud de ella cumplí el *quarto trozo* de mi edad, que es el asunto de esta historia; y desde este tiempo hasta hoy, que es el dia veinte de Mayo del año de mil setecientos y quarenta y tres, no ha pasado por mí aventura ni suceso que sea digno de ponerse en esta relacion. Voy manteniendo, gracias á Dios, la vida sin especial congoja, ni mas pesadumbres que las que dan á todos los habitadores de la tierra el mundo, el demonio y la carne. Vivo, y me han dexado vivir desde este término los impertinentes que viven de residenciar las vidas

y las obras agenas, quieto y apacible, y ocupado sin reprehension y sin molestia. Me ayudan á llevar la vida con alguna comodidad y descuido la buena condicion y compañia de mis hermanas y mis gentes, y mil ducados de renta al año: que con ellos y las añadiduras de mis afortunadas majaderias junto para que descanse mi madre y mis hermanas, ayuden á nuestros miserables parientes, y den algunas limosnas á los pobres forasteros de nuestra familia. Vivo muy contento en Salamanca, y con los propósitos de dar los huesos á la tierra donde respiré el primer ambiente y á la que me dió los primeros frutos de mi conservacion. Varias veces me ha acometido la fortuna con las proposiciones de bienes mas crecidos y mas

honrados que los que gozo; pero conociendo mi indignidad, y la mala cuenta que habia de volver de sus encargos me he hecho sordo á sus gritos, sus promesas y sus esperanzas. Hago todos los años dos ó tres escapatorias á Madrid, sin el menor desperdicio de mi casa, porque en la de la Excelentísima Señora Duquesa de Alva, mi Señora, logro su abundantísima mesa, un alojamiento esparcido, poltron y ricamente alhajado, y lo que es mas, la honra de estar tan cercano de sus pies. Por los respetos á esta Excelentísima Señora me permiten las mas de su carácter y altura la freqüencia en sus estrados, honrando á mi abatimiento con afabilísimas piedades. Los Duques, los Condes, los Marqueses, los Minis-

tros, y las mas personas de la sublime, mediana y abatida esfera me distinguen, me honran y me buscan, manifestando con sus solicitudes y expresiones el singular asiento que me dan en su estimacion y su memoria. No he tocado puerta en la Corte, ni en otro pueblo, que no me la hayan abierto con agasajo y alegria. El que imagine que este modo de explicar las memorables aficiones que debo á las buenas gentes es ponderacion ó mentira absoluta de mi jactancia, véngalo á ver, y le cogerá el mismo espanto que á mí que lo toco. Véngase conmigo el incrédulo pesaroso de mi estimacion, y se ahitará de cortesias y buenos semblantes. Lo que mas claramente descubre esta relacion es una vanidad disculpable, y un engreimien-

miento bien acondicionado; porque sabiendo yo que no merece mi cuna, mi empleo, mi riqueza, ni mi ingenio mas expresiones que las que se hacen por christiandad y por costumbre, no dexa de hacerme cosquillas en el amor propio de que esta casta de general y venerable agasajo se endereza á mi persona, á mi humildad y á mi correspondencia. Tambien creo que me habrá dado tal qual remoquete cortesano la extravagancia de mi estudio; pero otros hacen coplas y pronósticos, y los veo aborrecidos y olvidados. Confiesen mis émulos y envidiosos que Dios me lo presta, y que yo me ayudo con el respeto y buen modo con que procuro hacerme parcial á todo género de gentes: que yo tambien confieso que escribo estas excusa-

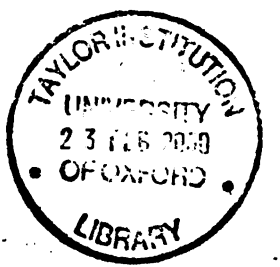
das noticias por darles un poco de pesadumbre y un retazo de motivo para que recaigan sobre mí sus murmuraciones y blasfemias. Guardo con especial veneracion, respeto y confusion mia las cartas y la correspondencia con algunos Cardenales, Arzobispos, Obispos, Duquesas, Duques, Generales de las Religiones, y otros Príncipes y personas de la primera altura y soberania. Estas son las alhajas y preciosidades que venero especialísimamente, y las que mandaré á mis herederos que muestren y vinculen por única memoria de mi felicidad, y para testigos del honor que sabe dar el mundo á los desventurados que procuran vivir con desinteres, abatimiento de sí mismos, y respeto á todos. No me faltan algunos enemi-

migos veniales, y maldicientes de escalera abaxo, aunque ya tengo pocos y malos; y siento mucho que se me haya hundido este caudal, porque á estos tales he debido mucha porcion de fama, gusto y conveniencia, que hoy hace feliz y venturosa mi vida.

Esta es la verdadera historia de ella. Espero en Dios acabar mis dias con la serenidad que estos últimos años. Estoy en irme muriendo poco á poco, sin matarme por nada. Discurro que ya no me volverán á coger las desgracias, ni los acasos memorables, porque mi vejez, mis desengaños y mis escarmientos me tienen retirado de los bullicios, y con el ojo alerta á las asechanzas y los trompicaderos: y si me vuelven á agarrar las persecuciones consolaréme con la consi-

sideracion de lo poco durable que será mi desdicha, porque la muerte ha de acabar con ella, y ya no puede estar muy lejos. Y en fin venga lo que Dios quisiere, que todo lo he de procurar sufrir con paciencia y con resignacion, y con alegria católica, que este es el modo de adquirir una buena muerte despues de esta mala vida.

FIN.


TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
OF OXFORD
LIBRARY

992723

No-

Noticia de algunos de los libros que se hallan en la libreria de Cerro, calle de Cedaceros, y en su puesto calle de Alcalá.

En quarto.

Comentarios de la Guerra de España, é Historia de su Rey Felipe V. por el Marques de S. Felipe, tres tomos, en pergamino á 12 rs. y pasta 15.

Obras de Cayo Veleyo Patérculo, en castellano, á 14. rs. á la rústica.

El Panegírico de Plinio, traducido por Don Francisco de Barreda, á 14. rs. á la rústica.

Coleccion de las mejores Comedias nuevas que se han representado en los Teatros de esta Corte, quatro tomos, que comprehenden las representadas en el año de 1789, 90, 91 y 92, á 20. rs. en pasta.

En octavo.

Coleccion de Novelas escogidas, compuestas por los mejores autores Españoles, ocho tomos, á 10. rs. en pasta.

Juguetes de la niñez y travesuras del ingenio, de Don Francisco de Quevedo, á 6 rs. en pergamino.

Aforismos de Hipócrates, á 6 rs. en pergam.

Ocupaciones santas de Quaresma para todos los Christianos, en opúsculos devotos, á 5 rs. en pasta.

Noticias y juicio de los mas principales historiadores de España, que escribió el Mar-

ques de Mondejar, con algunas cartas al fin, á 4 rs. en pasta.

El Lazarillo de Madrid, ó nueva guia, en que se pone el origen y grandeza de esta Corte, á 2 rs.

Espíritu de las Leyes reducido á quatro artículos, que son la Religion, la Moral, la Política, y la Jurisprudencia y Comercio, á 6 rs. en pergamino.

Guia general de labradores para reformar engaños, á 4 rs. en pergamino.

Entretenimiento de los niños, con instrucciones para la juventud en forma de diálogo; con varias cartas en frances y español, á 5 rs. á la rústica.

Remedios de qualquiera fortuna, de Torres y Quevedo, á 5 rs. en pasta.

El Padre de familias brevemente instruido en sus muchas obligaciones, á 6 rs. en perg.

Octava del Corpus en castellano con láminas, á 14 rs. en pasta.

Asistencia de los Fieles el dia de la Ascension del Señor, á la Misa de hora, á 5 rs. en past.

El Pastelero de Madrigal, Historia de Gabriel de Espinosa, á 4 rs. en pergamino.

Historia del Reyno de Argel, su gobierno, fuerzas de mar y tierra, á 12 rs. en perg.

Perico y Marica, sus conversaciones y discursos de cada uno, á 5 rs.

La Moral de D. Quixote, ocho partes, á 6. rs.

Arte de servir á Dios, á 6 rs. en pergamino.

Hay asimismo un gran surtido de Comedias y Tragedias, tanto antiguas como modernas.